

PLAUTO

COMEDIAS

III

EL CARTAGINÉS - **PSÉUDOLO*** - LA MAROMA - ESTICO
- TRES MONEDAS - TRUCULENTO - VIDULARIA -
FRAGMENTOS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 302



EDITORIAL GREDOS

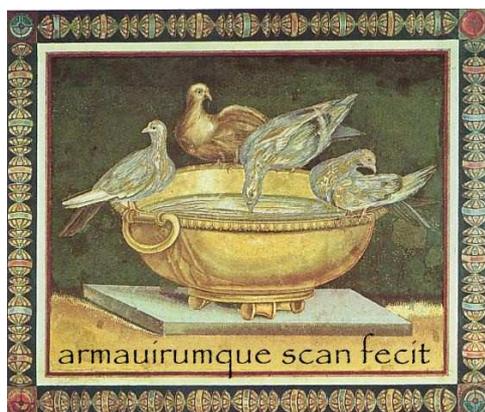
* [Aunque el libro está conformado por todas las obras señaladas, en las versiones digitales aparecerán de obra en obra.
Nota del escaneador]

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

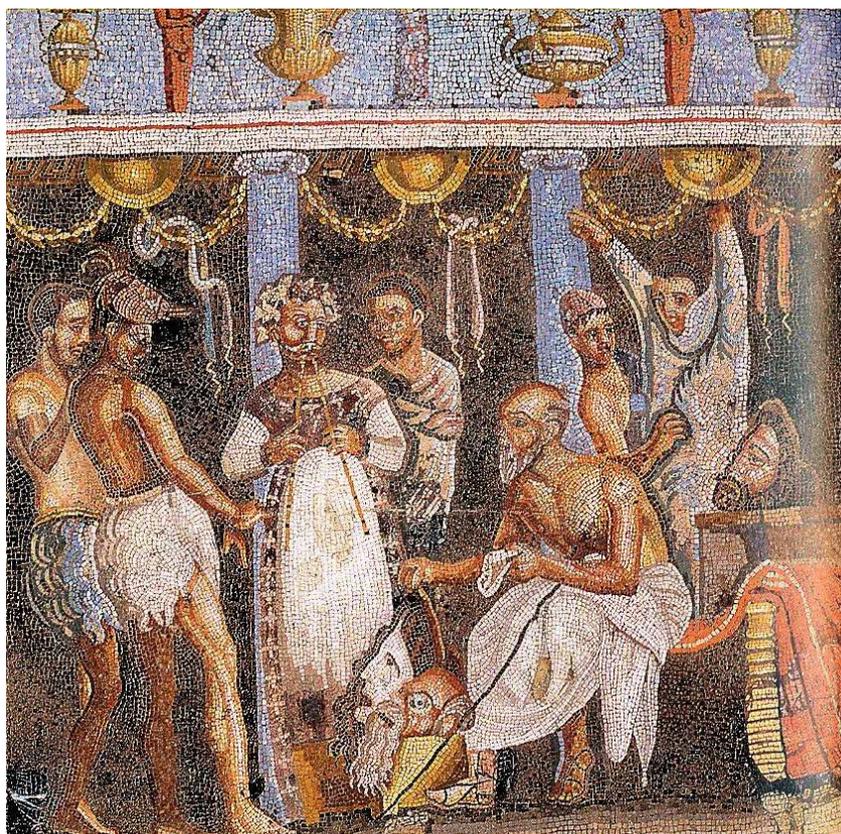
Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ ANTONIO ENRÍQUEZ GONZÁLEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2002.



Depósito Legal: M. 39125- 2002.
ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.
ISBN 84-249-2353-7. Tomo III.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cónдор, S. A.
Esteban Terradas, 12.
Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2002.
Encuadernación Ramos.



PSÉUDOLO

(Pseudolus)

INTRODUCCIÓN

El *Pséudolo* se cuenta sin duda entre las mejores comedias de Plauto —según el testimonio de Cicerón¹, era, junto con el *Truculento*, una obra muy del gusto de su autor—, siendo para algunos la que de entre todas se lleva la palma. Y no sin motivo: en el *Pséudolo* no sobra nada; las escenas se suceden unas a otras sin retardamientos inútiles, sirviendo sólo al fluido desarrollo de la acción, en diálogos de una espontaneidad y una comicidad insuperables. Los tipos, las figuras, son más o menos los mismos que en otras comedias; pero parece que en ésta se ven llevadas al máximo de sus posibilidades dramáticas: el rufián Balión es la sublimación negativa de ese tipo tan odiado en la Antigüedad; el cocinero es, sin duda ninguna, el número uno de los cocineros plautinos; y, sobre todo, el esclavo², que, como otras veces, es aquí también el personaje central de la obra, el héroe de la pieza, el «bueno» a pesar de los pesares, que aun reconociendo que el fin no justifica los medios, suele siempre actuar de manera altruista, no en provecho propio. En todo caso, él es quien por lo general se lleva tras sí irremediabilmente las simpatías del público. Pséudolo es el rey de los esclavos plautinos, un prototipo de sabiduría y habilidad humanas, un hombre flexible, capaz de dejarse guiar por los hechos y de salir así victorioso en cualquier situación de la vida; su confianza en sí mismo y la superioridad con que sabe darse son prendas de su seguro éxito. Una circunstancia especial, que no se da en los engaños llevados a cabo por el esclavo de otras comedias y que aumenta la calidad de su empresa, es el hecho de que aquí están todos avisados (v. 517, *praedico ut caveas. Dico, inquam, ut caveas. Cave*). El *Pseudolus* es la obra más plautina de Plauto, su obra maestra se diría, y con ello cuenta entre las magistrales de toda la dramaturgia de la literatura occidental. *Eo sum genere natus: magna me facinora decet efficere quae post mihi clara et diu clueant* (590). El poeta habla aquí de sí mismo se diría, no su personaje. Claro está que no le han frustrado sus presentimientos.

También en el caso del *Pséudolo* se ha hablado de contaminación y similares, algo, después de todo, secundario: aparte modelos griegos o retractadores, es evidente que se le ha logrado al poeta latino una creación literaria de arte incomparable, y eso es en último término lo que cuenta. A veces los eruditos dan la impresión de haber olvidado que es una obra literaria, una comedia, lo que tienen entre las manos, y no un tratado de lógica o un manual de Derecho.

El manuscrito Ambrosiano conserva restos de una didascalía por la que conocernos la fecha de representación: los festivales en honor de la Magna Máter del año 191 antes de nuestra era.

El *Pséudolo* ha inspirado diversas obras dramáticas en la literatura francesa, italiana y alemana.

¹ *Catón* 50.

² Plauto siente predilección por la figura del esclavo y se identifica en varias ocasiones con él hablando por boca suya: *Pseud.* 568; 401; 590; cf. también *Bacchides* 214.

ARGUMENTO I

Un militar le da a un rufián quince minas en mano y le deja una copia de su sello para que haga entrega de la joven Fenicio al que le traiga el resto del precio convenido. Al llegar un criado suyo le birla Psédolo el sello, diciéndole que es Siro, un esclavo del rufián, prestando así un servicio a su joven amo, porque el rufián le entrega la joven a Simia, a quien había hecho pasar por Hárpax, criado del militar. Más tarde se presenta el verdadero Hárpax, y el viejo paga la suma que se había apostado con Psédolo.

ARGUMENTO II

El joven Calidoro está perdidamente enamorado de la cortesana Fenicio, pero no tiene dinero. Un militar, que había comprado a la misma joven por veinte minas, entrega quince y deja a su amiga en casa del rufián, y también una copia de su sello, para que el que trajera un sello igual que aquél y pagara el resto del precio convenido, se llevara consigo a la joven. Se presenta después un sirviente del militar, que había sido enviado por éste para recoger a su amiga. Psédolo, el esclavo del joven enamorado, engaña a Hárpax, criado del militar, haciéndose pasar por el mayordomo del rufián. Le birla el sello, y a uno que hace pasar por Hárpax le entrega cinco minas que le habían prestado. El falso Hárpax engaña al rufián. La joven queda en poder de Calidoro, y Psédolo recibe un jarro de vino.

PERSONAJES

PSÉUDOLO, esclavo de Simón.

CALIDORO, joven, hijo de Simón.

BALIÓN, rufián.

SIMÓN, viejo.

CALIFÓN, viejo, amigo de Simón.

HÁRPAX, criado de un militar.

CARINO, joven, amigo de Calidoro.

ESCLAVOS.

CORTESANAS.

UN JOVEN ESCLAVO DE BALIÓN. UN COCINERO.

SIMIA, sicofanta.

La acción transcurre en Atenas.

PRÓLOGO

Más vale estirar las piernas y ponerse en pie, que es muy larga la comedia de Plauto que vamos a representar.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO, CALIDORO

PS.— Si fuera posible que, sin que tú, amo, me dijeras nada, averiguara yo cuáles son las penas que te afligen de esa forma tan lastimosa, [5] hubiera tenido el gusto de ahorrar al mismo tiempo un trabajo a dos personas, a mí el de preguntarte y a ti el de responderme; pero como veo que eso no puede ser, me veo obligado a preguntarte; contéstame: ¿cuál es el motivo [10] por el que llevas ya tantos días con el alma en los pies, siempre con esa carta a cuestas, y la bañas con tus lágrimas sin dar cuenta a nadie de lo que llevas por dentro?. Habla, para que sepa yo contigo lo que ahora ignoro.

CALI.— Soy más desgraciado que desgraciado, Pséudolo.

PS.— No lo permita Júpiter.

CALI.— Este asunto no pertenece a la jurisdicción de Júpiter; [15] es bajo, el dominio de Venus, no de Júpiter donde se me trae a mal traer.

PS.— ¿Puedo saber de qué se trata? Hasta lo presente no habías tenido tú nunca secretos para mí.

CALI.— Ahora tampoco.

PS.— Hazme saber lo que te pasa; te ayudaré con dinero, o con mis servicios, o con un buen consejo.

[20] CALI.— Toma esta carta y entérate tú por ti mismo de cuál es la pena y cuáles son las cuitas que me consumen.

PS.— Se te dará gusto. Pero, oye, por favor, ¿qué es esto?

CALI.— ¿El qué?

PS.— Tengo la impresión de que estas letras quieren tener descendencia: se montan las unas encima de las otras.

CALI.— ¿Ya estás con tus bromas de siempre?

[25] PS.— Realmente creo que, si no es la sibila quien las lee, no hay otro que pueda descifrarlas.

CALI.— ¿Por qué hablas de esa manera tan dura de unas letras tan lindas, escritas por tan linda mano en una carta tan linda?

PS.— Oye tú, ¿es que acaso tienen manos las gallinas?, [30] porque de eso no hay duda, esta carta es una gallina quien la ha escrito.

CALI.— Te estás poniendo muy cargante; lee la carta o devuélvemela.

PS.— No, no, la leo de punta a cabo. Pon atención.

CALI.— Si tengo perdido el ánimo.

PS.— Pues cítalo, que comparezca.

CALI.— No, mejor yo guardaré silencio y hazle salir tú de la carta, que ahí tengo ahora puesta el alma y no dentro del pecho.

[35] PS.— (*Mirando la carta.*) Calidoro, estoy viendo a tu amiga.

CALI.— ¿Dónde está?

PS.— Aquí, mírala puesta en la carta (*señalando el nombre de Fenicio*); está echada aquí en la cera.

CALI.— ¡Los dioses todos te...

PS.— ...guarden!

CALI.— Como hierba de verano, así de efímera ha sido mi existencia; rápido salí a la vida y rápida ha sido también mi muerte.

PS.— Calla mientras leo la carta.

[40] CALI.— ¡Lee ya entonces!

PS.— «Fenicio saluda a su amante Calidoro por medio de esta carta, de esta cinta¹ y de estas letras, en espera de la salud que tú me darás, entre lágrimas y sintiendo vacilar su alma, su corazón y su pecho».

[45] CALI.— ¡Ay de mí!, ¡si no encuentro por parte ninguna salud que enviarle, Pséudolo!

PS.— ¿Qué salud?

CALI.— Monetaria.

PS.— Pero ¿acaso quieres enviarle un saludo metálico por uno de madera? (*señalando las tablillas de la carta*) Mira bien lo que haces.

CALI.— Sigue leyendo, verás cómo te das cuenta entonces de la rapidez [50] con que necesito encontrar dinero.

PS.— «Cariño mío, el rufián me ha vendido por veinte minas a un forastero, un militar de Macedonia, que le ha entregado quince minas antes de marcharse; ahora, sólo restan cinco minas. [55] Por eso ha dejado el militar aquí una contraseña, el retrato suyo de su anillo impreso en cera, para que me dejen ir con el que traiga una contraseña igual que ésta. El día fijado para la entrega es el de las próximas fiestas de Dioniso.»

[60] CALI.— Eso es mañana; cerca tengo mi perdición si no es que me ayudas.

PS.— Deja que acabe de leer.

CALI.— Te dejo, porque me parece estar hablando con ella; lee, es una mezcla de dulzura y de amargor lo que me ofreces.

PS.— «Ahora, nuestros amores, todo a lo que estamos hechos y acostumbrados, [65] nuestros juegos y nuestras bromas, las cosas que nos decimos, los dulces besos, nuestros estrechos abrazos de enamorados, los suaves mordisqueos en los blandos labios, [67^a] las caricias en los henchidos pechos, todos estos placeres [70] van a sernos arrebatados, destrozados, aniquilados a mí e igualmente a ti, si no encontramos o yo en ti o tú en mí algún medio de salvación. Yo he procurado que sepas esto tanto como yo; ahora llega el momento de ponerte a prueba si es que amas de verdad o si no haces más que fingir».

CALI.— ¡Qué carta tan lastimosa, Pséudolo!

PS.— ¡Oh, sí, lastimosísima!

[75] CALI.— ¿Por qué no lloras?

PS.— Mis ojos son de piedra pómez; no puedo convencerlos de que echen ni una sola lágrima.

CALI.— ¿Y por qué?

PS.— Es que nuestra familia ha sido siempre de ojos muy secos.

CALI.— ¿No quieres ayudarme?

PS.— ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

CALI.— ¡Ay!

PS.— ¿Ay?, con eso, Hércules, no tienes que andar ahorrando; yo te daré cuanto quieras.

[80] CALI.— Soy un desgraciado, no encuentro por parte ninguna dinero a préstamo.

PS.— ¡Ay!

CALI.— Y en casa no tengo ni un céntimo.

PS.— ¡Ay!

CALI.— El militar se llevará mañana a mi amiga.

PS.— ¡Ay!

CALI.— ¿Ésa es la forma que tienes de ayudarme?

PS.— Yo te doy lo que tengo, que de ayes tengo conmigo un tesoro inextinguible.

[85] CALI.— Hoy es el día de mi perdición. Pero ¿puedes tú prestarme una dracma y yo te la

¹ Para atar la carta.

devuelvo mañana?

PS.— ¡Hércules! yo creo que apenas podría ni que diera en prenda toda mi persona; pero ¿qué quieres hacer con ella?

CALI.— Comprarme una soga.

PS.— ¿Para qué?

[90] CALI.— Para colgarme. Estoy decidido a entregarme a la noche eterna antes de esta noche.

PS.— ¿Y quién va entonces a devolverme la dracma si te la doy?, ¿es que quieres acaso colgarte precisamente para birlarme la dracma si te la presto?

[95] CALI.— Yo, desde luego, si se me separa de ella y se la llevan, no puedo seguir viviendo de ninguna manera. PS.— ¿Por qué lloras, tontaina? Vivirás.

CALI.— ¿Cómo no voy a llorar, si no tengo una sola moneda ni esperanza de encontrar un céntimo en parte ninguna?

[100] PS.— Según lo que yo deduzco de lo que dice la carta, si no le lloras al rufián con lágrimas monetarias, con esas otras que viertes ahora no vas a conseguir ni más ni menos que echando agua en un cedazo. Pero no te apures, que yo no te los abandonaré en tus amores. [105] Tengo la firme esperanza de encontrarte una ayuda monetaria de donde sea, por buenos o malos medios²; por arte de qué va a suceder no lo podría decir, lo único que sé es que será así, que siento que me dan saltos las cejas³.

CALI.— ¡Ojalá que los hechos respondan a tus palabras!

PS.— Hércules, Calidoro tú ya sabes cuando yo me lo pongo en campaña la clase [110] y el tamaño de los líos que suelo organizar.

CALI.— En ti tengo puestas ahora todas mis esperanzas.

PS.— ¿Te quedas contento si te pongo hoy a la joven en tus manos o si te entrego veinte minas?

CALI.— Desde luego, supuesto que vaya a ser una realidad.

[115] PS.— Pídemelas, Hércules, yo te lo ruego, que me muero por prometértelas.

CALI.— ¿Me entregarás hoy veinte minas?

PS.— Te las entregaré. Ahora ya no me fastidies más. Y además te digo otra cosa, no vayas a decir luego que no te he avisado: [120] si no encuentro otro a quien estafar, estafaré a tu padre.

CALI.— Los dioses te me conserven siempre. Pero si es posible, en atención a la piedad filial... si quieres, también a mi madre.

PS.— Por lo que respecta a este asunto, puedes dormir tranquilo... sobre los dos ojos.

CALI.— ¿Los ojos?, las orejas, querrás decir⁴.

PS.— Bueno, pero es que lo primero no es tan corriente.

[125] PS.— (*Al público.*) Ahora, para que nadie pueda decir que no ha sido informado, os comunico a todos, a la asamblea en pleno, a todo el pueblo, a todos mis amigos y conocidos, que por el día de hoy tengan cuidado conmigo, que no me den crédito.

[130] CALI.— ¡Chis, calla, Hércules, por favor!

PS.— ¿Qué ocurre?

CALI.— Ha sonado la puerta del rufián.

PS.— ¡Ojalá fueran los huesos de sus piernas los que hubieran sonado!

CALI.— Y sale él mismo en persona, el perjuro ese.

² Texto inseguro.

³ Buen presagio.

⁴ Así es la expresión hecha; cf. TERCENIO, *Heautontimorúmenos* 341, *ademptum tibi iam faxo omnen metum, in aurem utramvis otiose ut dormias*.

ESCENA SEGUNDA

BALIÓN, ESCLAVOS, CORTESANAS, PSÉUDOLO, CALIDORO

BA.—(*A los esclavos.*) ¡Afuera, afuera, haraganes, inútiles, malas piezas! Jamás se os pasa por las mientes portaros como es debido, no hay medio de servirse de vosotros [135] como no sea de esta forma (*los golpea*). Yo no he visto en mi vida hombres más parecidos a los asnos, tienen las espaldas hechas un puro callo a fuerza de golpes; si los pegas, eres tú el que te haces daño; verdaderamente que no se da abasto con látigos para ellos, no tienen otra cosa en la cabeza, si se les presenta la ocasión, más que venga a arramblar con lo que sea, a robar, a quedarse con todo, a rapiñar, a beber [140-41], a comer, a darse a la fuga, esto es en realidad su oficio, de forma que preferirías poner lobos a guardar ovejas que no a éstos tu casa. Y luego, si te fijas en ellos, no tienen aspecto de malos, es con sus obras con las que te engañan. Ahora, como no atendáis a las órdenes que os voy a dar, como no desterréis de vuestro pecho y de vuestros ojos el sueño y la pereza, [145] os voy a dejar las costillas de tantos colores que vais a dejar atrás a los bordados de las colchas de Campania y a los tapices de Alejandría con sus figuras de animales. Ya ayer había dado órdenes a todos y había distribuido a cada uno su tarea, pero es que sois malos por naturaleza [150] de forma que obligáis a que se os recuerde vuestro deber a fuerza de latigazos; os conducís de manera que vencéis por vuestra contumacia a la correa esta y a mí; fíjate, fíjate, están nada más que en otras cosas ¡Atended aquí, prestad atención, escuchad lo que os digo, raza de apaleados! Os juro que jamás será más duro vuestro pellejo que [155] esta correa que veis en mi mano (*los azota*): ¿qué, os duele? Ahí tenéis, así se hace con los esclavos que no hacen caso a su amo. Colocaos todos ahí frente a mí y atended bien a lo que os digo: tú, el del cántaro, trae agua y cuídate de llenar el perol del cocinero; a ti, el del hacha, te pongo al frente de los asuntos leñeros.

ESCL.— Pero es que esta hacha está embotada.

[160] BA.—Déjalo, también lo estáis vosotros a fuerza de golpes ¿y es que acaso me sirvo menos de vosotros por eso? (*A otro.*) A ti te doy el cargo de la limpieza de la casa; buena tarea te espera: deprisa, adentro. (*A otro.*) Tú, prepara los divanes, ten limpia la plata y ponla en la mesa. Encargaos de que me lo encuentre todo a punto cuando vuelva del foro, que todo esté barrido, regado, limpio, preparado, fregado, guisado; [165] porque hoy es el día de mi cumpleaños y vosotros todos debéis celebrarlo junto conmigo. (*A un esclavo.*) Pon en agua el jamón, corteza de tocino, papada y tetilla de cerdo, ¿te enteras? Quiero acoger a lo grande hoy en mi casa a personas de mucho rango, para que tengan la impresión de que nado en la abundancia. Entrad y daos prisa, que no haya que andar esperando cuando llegue el cocinero; yo me voy ahora al mercado, para comprar todo el pescado que haya al precio que sea. (*Al esclavo.*) [170] Ve tú por delante, chico; hay que andarse con cuidado de que nadie le haga un agujero a la bolsa... o no, espera, por poco se me olvida decir una cosa aquí en casa; ¿me oís?, a vosotras, jóvenes, tengo que daros las siguientes órdenes: vosotras, que os pasáis la vida en medio del lujo, la molicie, las caricias, en compañía de los más altos personajes, vosotras, renombradas cortesanas, [175] yo voy a saber ahora y a enterarme cuál de vosotras trabaja por su libertad y cuál no piensa más que en su estómago, cuál en sus intereses y cuál sólo en dormir; cuál puedo calcular que será mi liberta y a cuál voy a poner a la venta. Ocupaos de que se den hoy aquí cita de parte de vuestros amantes un sinnúmero de regalos para mi persona, que si no se me llena la despensa para todo un año, mañana mismo os pongo en la calle como fulanas públicas. Ya sabéis que hoy es el día de mi cumpleaños, ¿dónde están todos esos para quienes sois la niña de sus ojos, su vida, [180] «ay, encanto, dame un besito, ay, qué tetitas, dulzura mía». Traédmelos aquí enseguida ante la casa, un ejército de donantes cargados de regalos. ¿Para qué, si no, pongo a vuestra disposición vestidos, joyas y todo lo que necesitáis?, ¿qué otra cosa tengo de vuestro trabajo aparte de perjuicios, malvadas? No pensáis más que en el vino; con él os llenáis la andorga, mientras que yo estoy aquí sin probar gota. [185] Ahora lo mejor es ir llamando a cada una por su nombre, para que no me venga luego ninguna con que no ha sido advertida. Atended todas. Por ti empiezo, Hedilio, que tienes amigos entre los comerciantes en

granos, que disponen todos en casa de montones de trigo como montañas: [190] procura que se me traiga aquí grano suficiente para el año para mí y toda mi casa, y que nade en trigo de tal forma que la gente me cambie el nombre y que, en vez del rufián Balión, me llamen el rey Jasón⁵.

CALI.— ¿No oyes lo que dice el maldito? ¡qué fanfarronerías!, ¿eh?

PS.— Desde luego, y no sólo eso, sino, además, también qué fechorías, [195] pero calla y pon atención.

BA.—Escrodora, tú que tienes por amigos a los émulos de los rufianes, los carniceros, que al igual que nosotros se buscan sus ganancias de mala manera con sus perjurios⁶, escúchame: si no tengo hoy en mi poder tres garabatos de carnicero cargados con lomos de buen peso, mañana, como [200] se cuenta de los dos hijos de Júpiter que ataron a Dirce a un toro⁷, así te voy a descuartizar colgada del garabato de la carne: ése será el toro para ti.

CALI.— Me estoy poniendo furioso de oírle.

[202^a] PS.— ¡Mira que tolerar la juventud ateniense que viva aquí un hombre como éste!, ¿dónde están, donde se encubren esos individuos en la flor de la vida que buscan sus amores en casa del rufián?, [204] ¿por qué no se aúnan todos para liberar de tal calamidad al pueblo? [205-205^a] Pero ¡ay!, necio de mí! ¡qué ignorancia! [205^b-205c] ¿van a lanzarse a hacer una cosa así aquellos a los que el amor obliga a ponerse al servicio de los rufianes, impidiéndoles al mismo tiempo emprender nada que vaya en contra de los deseos de éstos?

CALI.— ¡Ay, calla!

PS.— ¿Qué es lo que ocurre?

CALI.— No me sabes llevar el aire, me estás fastidiando, [210] no me dejas oír lo que dice el otro.

PS.— Me callo.

CALI.— Mucho mejor sería que te callaras que no dijeras que te ibas a callar.

BA.—Y tú, Xitilis, atiéndeme bien: tus amantes, éstos nadan en aceite de oliva; si no se me pone aquí rápido a odres plenos, te meteré mañana a ti en uno de los tales y te haré llevar a la pérgola⁸; [215] allí se te dará un lecho, pero no para que cojas el sueño, sino para que hasta que ya no puedas con más... ya sabes a lo que me refiero. ¡Qué, víbora!, tú que tienes tantos amigos tan bien forrados de aceite ¿acaso has movido un dedo para que ninguno de tus consiervos tenga un tanto así más de brillo en la cabeza?, [220] ¿o es que ni yo mismo puedo hacerme preparar la carne con un poco más de resbalante? Pero eso ya me lo sé yo: es que a ti el aceite no te dice mucho, es con el vino con lo que te unges; deja, que yo te lo haré pagar todo de un solo golpe, ¡Hércules! si no es que das cumplimiento hoy a todo lo que te digo. [225] Y tú que me estás siempre con la cantinela de que vas a pagarme el dinero por tu libertad, no sabes más que hacer promesas, pero cumplir lo que has prometido, eso no lo sabes, Fenicio, contigo hablo, tú, la preferida de la aristocracia: si hoy no se me trae toda clase de provisiones de las fincas de tus amigos, mañana, Fenicio, pararás en la pérgola con la piel de color púrpura⁹.

ESCENA TERCERA

CALIDORO, PSÉUDOLO, BALIÓN

[230] CALI.— Pséudolo, ¿no oyes lo que dice?

PS.— Sí que lo oigo, amo, y bien atento que estoy.

CALI.— ¿Qué me aconsejas que le mande, para que no prostituya a mi amiga?

⁵ El que con los Argonautas fue a la conquista del vellocino de oro.

⁶ El texto latino juega con el doble sentido de *ius* (*iurandum*) 'juramento' y *ius* 'salsa'.

⁷ Anfión y Zeto, hijos de Júpiter y Antíope, se vengaron de Dirce, a quien su esposo Lico, rey de Tebas, había entregado a Antíope como esclava. ⁸ Pérgolas o tiendas se colocaban en la calle ante las casas y se utilizaban para diversos fines; en ellas exponían los rufianes a sus esclavas para la venta.

⁹ Juego de palabras entre *Phoenicium*, nombre propio, y el adjetivo *poeniceus* «de color púrpura».

PS.— No te preocupes, tú tranquilo; yo tomaré las medidas necesarias en mi nombre y en el tuyo. Ya hace tiempo que estamos el tipo ese y yo pero que en muy buenas relaciones, nuestra amistad data ya de años: verás cómo le mando en el día de su cumpleaños un regalo de muy mala catadura y muy en su punto.

[235] CALI.— Y eso ¿para qué?

PS.— ¿No tienes otra cosa de qué ocuparte?

CALI.— Pero...

PS.— No hay pero que valga.

CALI.— Es que sufro mucho.

PS.— Hazte el fuerte.

CALI.— No puedo.

PS.— Pues haz por poder.

CALI.— ¿Cómo puedo dominar mis sentimientos?

PS.— Dale preferencia a lo que de hecho sirva a tus intereses y no des oídos en la adversidad a lo que te dictan los sentimientos.

[238] CALI.— ¡Pamplinas!, un enamorado no está contento si no hace locuras.

PS.— ¿Otra vez con las mismas?

CALI.— ¡Oh, Pséudolo de mi alma, [239^a] déjame desvariar déjame, por favor!

PS.— Te dejo; déjame ir.

[240] CALI.— Espera, espera, estoy dispuesto a hacer todo lo que tú me digas.

PS.— Ahora te pones en razón.

BA.—El tiempo corre; yo mismo me estoy deteniendo; [240^a] hale, chico, ve por delante.

CALI.— ¡Eh, que se va!, ¿por qué no le llamas?

PS.— ¿A qué esas prisas? Calma.

CALI.— Pero antes de que se vaya.

[242] BA.—(A su esclavo.) ¡Maldición, chico!, ¿a qué esa calma?

PS.— ¡Tú, el del cumpleaños, eh, el del cumpleaños, a ti te digo, eh, el del cumpleaños! vuélvete y échanos una mirada; aunque andas de trajín, te detenemos, [245] ¡espera! que hay aquí quienes quieren hablarte.

BA.—¿Qué es esto? ¿quién es el que se atreve a entretenerme en forma tan inoportuna con las prisas que llevo?

PS.— Uno que fue tu salvación.

BA.—Muerto es quien fue; yo necesito a alguien que viva ahora.

PS.— No tantos humos.

BA.—¡No tanta pesadez!

CALI.—(A Pséudolo.) ¡Sujétale, alcánzale!

BA.—Hala, chico.

[250] PS.— Vamos a cortarle el paso por aquí.

BA.—¡Júpiter te confunda, quienquiera que seas!

PS.— A ti... quiero hablarte.

BA.—Pero yo no quiero hablar con ninguno de los dos; sigue por este otro lado, chico.

PS.— ¿No podemos hablar contigo?

BA.—No, no tengo ganas.

PS.— ¿Y si es algo que te interesa?

BA.—Vamos a ver: ¿me va a ser posible seguir mi camino o no me va a ser posible?

[255] PS.— ¡Ah, quieto ahí!

BA.—¡Déjame!

CALI.— Balión, escucha.

BA.—Sordo soy, al menos para un palabrero.

CALI.— Mientras que tuve, te di.

BA.—Yo no te reclamo lo que me diste.

CALI.— Y te daré cuando tenga.

BA.—Llévatela cuando llegue ese caso.

CALI.— ¡Ay, qué forma tan triste de perder lo que te llevé y te di!

[260] BA.—Después que tus bienes han fenecido, me vienes con palabrerías; eres un necio, lo pasado, para siempre ausentado.

PS.— Reconoce al menos a éste que está aquí.

BA.—Ya hace tiempo que sé quién fue; quien sea ahora eso es cosa suya. ¡Hala, tú! (*al esclavo*).

PS.— ¿No va a ser posible que eches una sola mirada para acá, Balión?, vas a sacar provecho de ello.

[265] BA.—Con esa condición, lo haré; que dado el caso que estuviera ofreciendo un sacrificio al soberano Júpiter y que tuviera ya las entrañas en la mano para ponerlas sobre el altar, si entre tanto se me ofrece alguna ganancia, dejaré a la mitad la ceremonia. Sea lo que sea, ante un deber tal queda todo a un lado.

PS.— Hasta los dioses, a quienes debemos, sobre todo, temor y reverencia, le importan un pelo a éste.

[270] BA.—Voy a hablarle: ¡salud, tú, el esclavo más pillo de toda Atenas!

PS.— Los dioses y las diosas todas te bendigan, según los deseos de éste o los míos propios o, para el caso de que te merezcas otra cosa, que ni te bendigan ni te protejan.

BA.—¿Qué tal, Calidoro, que se hace?

CALI.— Amar y pasar apuros.

BA.—Yo me apiadaría de ti si la piedad sirviera para alimentar a las gentes de mi casa.

[275] PS.— Anda, nosotros te conocemos muy bien, no nos vengas con explicaciones. Pero ¿sabes qué es lo que queremos?

BA.—Sí, más o menos lo siguiente: que me parta un rayo.

PS.— Eso, y luego otra cosa, que es por lo que te detenemos. Préstame atención, por favor.

BA.—Soy todo oídos. Pero abrevia, que ando muy ocupado.

PS.— Aquí a éste le da apuro que, después de haberte hecho una promesa y haberte dado un plazo para cumplirla; [280] no te ha entregado aún las veinte minas por su amiga.

BA.—El apuro es más fácil de sobrellevar que el disgusto: a él le da apuro de que no ha pagado, yo tengo disgusto de no haber recibido.

PS.— Pero te lo dará, ya encontrará el medio que sea; espera sólo un par de días. Es que él tiene miedo de que la vendas a causa de sus diferencias contigo.

[285] BA.—Si hubiera querido, habría tenido ya hace tiempo ocasión de darme el dinero.

CALI.— Pero ¿y si es que no lo tenía?

BA.—Si estabas enamorado, lo hubieras encontrado a préstamo, hubieras ido al usurero, le hubieras propuesto algún aumento de los intereses, se lo hubieras sisado a tu padre.

PS.— ¿A su padre se lo iba a sisar, descarado? Desde luego, no hay peligro de que tú des un buen consejo.

BA.—No sería rufianesco.

[290] CALI.— ¿Que le iba yo a haber podido sisar algo a mi padre, un viejo tan avisado? Y además, aunque me hubiera sido posible, la piedad filial me lo prohíbe.

BA.—Bien, entonces abraza por las noches a la piedad filial en lugar de a Fenicio. Pero, puesto que según veo antepones la piedad filial a tus amores, ¿es que todos los hombres son tus padres?,

[295] ¿no hay ninguno a quien pedirle un préstamo?

CALI.— ¡Un préstamo!: esa palabra ha dejado ya de existir.

PS.— Oye, tú, es que desde que bien hartos abandonan las mesas¹⁰ esos individuos que te exigen lo suyo pero sus deudas no se las paga a nadie, a la vista de eso, pues todos andan con más precaución de no prestarle nada a nadie.

CALI.— ¡Ay qué desgraciado soy, no me es posible encontrar por parte ninguna ni un céntimo, [300] y así, pobre de mí, me muero de amor y de falta de dinero!

BA.—¡Hércules! pues compra aceite a crédito y véndelo al contado, verás qué pronto te

¹⁰ Con este término se hace referencia aquí también a las mesas de los banqueros.

encuentras en la mano hasta doscientas minas, por Hércules.

CALI.— ¡Ay de mi! la ley de los veinticinco años¹¹ es mi perdición, todos tienen miedo a darme crédito.

BA.—La mismísima ley vale para mí: tengo miedo a dar crédito.

[305] PS.— Conque dar crédito, ¿eh? Oye, ¿es que acaso te parece todavía poco el provecho que has sacado de éste?

BA.—Un enamorado como es debido es sólo aquel que eterniza sus dones; tiene que dar, dar sin tregua. Cuando no tenga nada, que deje también de amar.

CALI.— ¿Es que no sientes compasión ninguna?

BA.—Tú vienes con las manos vacías, tus palabras no son «sonantes». De todos modos, por lo que a mí respecta prefería verte en vida y con salud.

PS.— Oye, ¿pero es que acaso está muerto?

[310] BA.—Sea como sea, para mí, desde luego, con eso que dice, es como si estuviera muerto. El enamorado vive hasta el punto y hora en que viene con súplicas al rufián. Tú debes venir a mí siempre con quejas acompañadas de monedas; que esos lamentos con los que me vienes ahora de que «no tengo, no tengo», es como si fueras y se lo contaras a tu madrastra.

PS.— Oye, ¿es que tú te has casado con el padre de éste?

[315] BA.— ¡No lo permitan los dioses!

PS.— Haz lo que te pedimos, Balión: yo salgo garante, si tienes miedo de fiarte de éste; en estos tres días sacaré yo de donde sea, por tierra o por mar, el dinero para entregártelo.

BA.— ¿Que a ti te voy yo a dar crédito?

PS.— ¿Y por qué no?

BA.— Porque te juro que lo mismo sería atar con tripas de cordero a un perro que se escapa.

[320] CALI.— ¿Ése es el agradecimiento que me tienes por lo bien que me he portado contigo?

BA.— A ver, ¿algo más?

CALI.— Sí, espera unos días; no la vendas ni pierdas a un hombre enamorado.

BA.— No te apures, que estoy dispuesto a esperar hasta seis meses.

CALI.— ¡Bravo, eres la amabilidad en persona!

BA.— Pues aguarda ¿quieres que te ponga aún más contento de lo que estás?

[325] CALI.— ¿Cómo pues?

BA.— Ya no tengo puesta a la venta a Fenicio.

CALI.— ¿No?

BA.— ¡Hércules, no!

CALI.— Pséudolo, ve y trae víctimas de todas clases, menores y mayores, y carniceros, para que haga un sacrificio en honor de este mi Júpiter, que él es ahora para mí mucho más Júpiter que Júpiter en persona.

BA.— Yo no quiero víctimas mayores, yo quiero que se me aplaque con entrañas de cordero.

[330] CALI.— (*A Pséudolo*) ¡Rápido!, ¿qué haces ahí parado? Ve y trae corderos, ¿no oyes lo que dice Júpiter?

PS.— Ahora mismo estoy de vuelta, pero primero tengo que ir a la carrera a la puerta de la ciudad.

CALI.— ¿Y eso por qué?

PS.— De allí traeré dos carniceros, pero de esos de las campanillitas¹²; al mismo tiempo traeré dos rebaños de varas de olmo, que se quede el Júpiter este satisfecho con nuestro sacrificio.

[335] BA.— ¡Vete a la horca!

PS.— Allí irá nuestro rufianesco Júpiter.

BA.— (*A Calidoro*) A ti te convendría que yo me muriera.

CALI.— ¿Por qué?

BA.— Porque mientras que yo esté en vida no serás tú una persona de bien. Pero a ti (*Pséudolo*)

¹¹ Cf. *Rudens* 1362; la *lex Plaetoria* prohibía hacer contratos a los menores de veinticinco años.

¹² Son los verdugos, que estaban extramuros y llevaban campanillas para avisar de su presencia; cf. *Truculentus* 782.

no te conviene que yo me muera.

PS.— ¿Por qué?

BA.— Porque si yo desaparezco no habrá otro más malo que tú en toda Atenas.

[340] CALI.— Por favor, Balión, contéstame ahora en serio a mi pregunta: ¿ya no tienes en venta a Fenicio?

BA.— Claro que no la tengo, por la sencilla razón de que la he vendido ya.

CALI.— ¿Cómo?

BA.— Sin abalorios, pero con todas sus entrañas.

CALI.— ¿Que tú has vendido a mi amiga?

BA.— Y tanto, por veinte minas.

[345] CALI.— ¿Por veinte minas?

BA.— Si lo prefieres, por cinco veces cuatro minas, a un militar macedonio, y quince minas obran ya en mi poder.

CALI.— ¿Qué es lo que oigo?

BA.— Que tu amiga ha quedado convertida en monedas.

CALI.— ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así?

BA.— Me ha dado la gana, era mía.

CALI.— ¡Eh, Pséudolo, ve y trae una espada!

PS.— ¿Para qué una espada?

CALI.— Para matar a éste... y a mí.

[350] PS.— Mátate a ti solo, que éste va a morir de hambre de todos modos.

CALI.— Dime, tú, el más perjuro de los mortales, ¿no me habías jurado que no se la venderías a nadie más que a mí?

BA.— Exacto.

CALI.— ¿Y además con juramento solemne?

BA.— Solemne y perenne¹³.

CALI.— Has cometido un perjurio, malvado.

[355] BA.— Pero me he metido el dinero en el bolsillo; yo, que soy un malvado, puedo disponer de dinero; tú, que eres una persona honrada, de tan buena familia, no tienes una perra.

CALI.— Pséudolo, ponte ahí a ese otro lado y llénale de insultos.

PS.— De acuerdo: ni siquiera al pretor correré tan a la carrera para que me dé la libertad.

CALI.— Insúltale sin parar.

[360] PS.— Te voy a hacer trizas a fuerza de insultos. ¡Sinvergüenza!

BA.— Muy bien.

CALI.— ¡Criminal!

B A.— Tienes toda la razón.

PS.— ¡Bribón!

BA.— ¿Por qué no?

CALI.— ¡Violador de sepulturas!

BA.— Desde luego que sí.

PS.— ¡Malhechor!

BA.— ¡Estupendo!

CALI.— ¡Traidor!

BA.— Eso es lo mío.

PS.— ¡Parricida!

BA.— (*A Calidoro.*) Venga, ahora tú.

CALI.— ¡Sacrílego!

BA.— Confieso que sí.

PS.— ¡Perjuro!

BA.— ¡Vaya novedad!

¹³ Juego de palabras en el texto latino

CALI.— ¡Violador de las leyes!

BA.—Y tanto.

PS.— ¡Ruina de la juventud!

BA.—¡De todas todas!

[365] CALI.— Ladrón!

BA.—¡Bravo!

PS.— ¡Desertor!

BA.—¡Ahí va!

CALI.— ¡Estafador público!

BA.—Totalmente de acuerdo.

PS.— ¡Impostor!

CALI.— ¡Puerco!

PS.— ¡Rufián!

CALI.— ¡Lodazal!

BA.—¡Qué buenos cantantes!

CALI.— Has azotado a tu padre y a tu madre.

BA.—Y los maté antes que tener que alimentarlos: ¿qué mal hay en ello?

PS.— Estamos echando agua en un cedazo, perdemos el tiempo.

[370] BA.—¿Tenéis algo más que decir?

CALI.— ¿No tienes vergüenza?

BA.—¿No la tienes tú de haber resultado un enamorado más vacío que una nuez vana? Así y todo, a pesar de vuestros insultos, si el militar no me trae las cinco minas hoy, que es el día fijado para la entrega, [375] si no las trae, digo, me parece que puedo hacer de las mías.

CALI.— ¿Y qué es eso?

BA.—Si tú me traes el dinero, me vuelvo atrás de mi trato con él; ése es mi oficio. Si tuviera tiempo, seguiría hablando contigo; pero estando limpio de dinero, es inútil que me pidas que me compadezca de ti. Ya sabes mi decisión, o sea, que delibera qué es lo que debes hacer.

[380] CALI.— ¿Te vas ya?

BA.—Tengo mucho que hacer ahora.

PS.— Pues ya verás después. (*Balión se va.*) Éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los hombres; le voy a dejar igual de limpio que los cocineros a las morenas. Ahora, Calidoro, quiero que me prestes tu colaboración.

CALI.— ¿Qué es lo que me ordenas?

PS.— Yo tengo la intención de poner sitio a esta ciudad (*señalando la casa del padre de Calidoro*): de forma y manera que sea conquistada en el día de hoy. [385] A este fin se precisa de un hombre astuto, listo, avisado y ladino, que ponga por obra las instrucciones que yo le dé, no uno que duerma despierto.

CALI.— Pero dime: ¿qué es lo que piensas hacer?

PS.— Ya lo sabrás a su tiempo; no quiero andar repitiendo las cosas, que también así son ya las comedias más largas de lo debido.

CALI.— Tienes toda la razón.

PS.— Venga, rápido, ponme aquí en seguida, un tipo como te he dicho.

[390] CALI.— Si vas a ver, son, entre muchos amigos, muy pocos los que lo son de verdad.

PS.— Ya lo sé; o sea que tienes que hacer una doble selección: primero escoge unos pocos de entre muchos, y de esos pocos, dame uno que sea amigo de verdad.

CALI.— A ahora mismo te lo pongo aquí.

PS.— ¿Acabarás ya de irte? Tú mismo eres quien te detienes con tanto charlar. (*Se va Calidoro*)

ESCENA CUARTA

PSÉUDOLO

[395] Se fue, solo te has quedado, Pséudolo. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora, después de que has echado el resto haciendo esas fantásticas promesas al hijo del amo?, ¿se puede saber dónde quedan? Sin tener a punto ni una gota de plan fijo, ni, todavía menos el dinero, ni... Ahora ya sé lo que voy a hacer: no sabes ni por dónde has de empezar tu trama ni hasta dónde has de continuar para acabarla; [400] pero como el poeta cuando se pone a escribir busca lo que no existe en parte ninguna, y, así y todo, lo encuentra y le da aspecto de verdad a lo que no es sino mentira, yo ahora seré un poeta: veinte minas, [405] que no aparecen por ninguna parte, yo las encontraré. Además, que ya le había dicho que se las iba a dar y quise lanzar mi dardo contra nuestro viejo, pero es que él, no sé cómo, se lo barruntó. Pero tengo que acallar mi voz y dejar de hablar: [410] ahí veo a Simón venir hacia acá con su vecino Califón; ahí está el viejo sepulcro, de donde desenterraré hoy veinte minas para entregárselas a su hijo. Voy a retirarme a esta parte, para poder escuchar desde aquí su conversación.

ESCENA QUINTA

SIMÓN, PSÉUDOLO, CALIFÓN

[415] SIMÓN— Si se eligiera ahora en Atenas del Ática un dictador de entre el gremio de los pródigos o los galanes enamorados, estoy seguro de que sería mi hijo el que se llevara la palma: no se oye otra cosa por toda la ciudad sino que quiere dar la libertad a su amiga y que anda buscando dinero al efecto. Esto es lo que me cuentan los demás, [420] pero hace ya tiempo que me había yo percatado de ello y me lo estaba oliendo, sólo que hacía por disimular.

PS.— (*Aparte.*) ¡Con que le apesta ya su hijo! La cosa está perdida, estamos en un callejón sin salida, el lugar hacia donde yo quería dirigirme para hacer mis provisiones... monetarias, en esa dirección está cortado el camino. [425] Se lo ha olido: nos quedamos sin botín.

CALIF.— Lo que es esas personas que propalan chismes y los que les prestan oídos, si por mí fuera, debían colgarlos a todos, a los que los cuentan, por la lengua, y a los que los escuchan, por las orejas; [430] porque esas historias con que te vienen de que si tu hijo está enamorado y de que si quiere birlarte dineros, quién sabe si quizá no son todo más que habladurías, y en el caso de que fueran verdad, sobre todo tal como andan hoy en día las costumbres, ¿qué es lo que habría hecho de particular?, ¿es que es acaso una novedad el que un muchacho joven esté enamorado [435] y quiera liberar a su amiga?

PS.— (*Aparte.*) ¡Huy, qué encanto de viejo!

SIMÓN— Yo soy un hombre chapado a la antigua, y no quiero que se porte así.

CALIF.— Pues mira; no sacas nada con no quererlo, o en tal caso, no debías tú haber hecho lo mismo en tu juventud; un padre que exige que su hijo sea mejor de lo que él fue, debe ser el mismo una persona de bien, [440] porque anda que tú, de los despilfarros y de las calaveradas que hiciste habría para repartir a todos los ciudadanos por cabeza ¿y luego te asombras de que el hijo salga a su padre?

PS.— ¡Oh, Zeus! qué pocas personas hay que sepan tener un poco de comprensión. Eso es un padre que se porta como se debe con su hijo.

[445] SIMÓN— ¿Quién habla por aquí? Anda, si es mi esclavo Pséudolo; éste es el que tiene echado a perder a mi hijo. el muy bribón; él es su guía y su maestro, no estoy sino deseando mandarle a la horca.

CALIF.— Simón, yo te lo aviso, es una necedad el enfadarse así por las claras. [450] Cuánto mejor sería abordarle con buenas palabras e indagar si son ciertas o falsas las cosas que te cuentan. En la adversidad, si sabes conservar la calma, reduces a la mitad las penas.

SIMÓN— Seguiré tus consejos.

PS.— (*Aparte.*) Ésos vienen derechitos hacia ti, Psédolo, [455] ponte en forma para dirigirte contra el viejo: salud, en primer lugar a mi amo, tal como corresponde después; si es que sobra algo, salud también para los vecinos.

SIMÓN— ¡Salud!, ¿qué se hace, Psédolo?

PS.— Pues eso, estar aquí en pie, como ves.

SIMÓN— ¡Fíjate, fíjate, Califón, qué ademanes se gasta, ni que fuera un rey!

CALIF.— Sí, ya lo veo, estupendo, y qué seguro de sí mismo.

[460] PS.— A un esclavo inocente y sin tacha le cuadra mantener alta la cabeza sobre todo frente a su amo.

CALIF.— Psédolo, querernos hacerte algunas preguntas sobre unos rumores que han llegado a nuestros oídos así de una forma un poco vaga.

[465] SIMÓN— Verás cómo te engatusa éste, espera, que vas a pensar que no es Psédolo sino Sócrates quien habla contigo.

PS.— Sí, ya hace tiempo que tú me tienes en nada, no creas que no me doy cuenta. Ya lo sé que no tienes mucha confianza en mí. Tú querrías que yo fuera un bribón, pero no por eso voy a dejar de ser una buena persona.

SIMÓN— Psédolo, yo te lo ruego, haz sitio en la morada de tus oídos [470] para que puedan tomar asiento mis palabras en el lugar al que las dirijo.

PS.— Hale, di lo que quieras, aunque en sí estoy a malas contigo.

SIMÓN— ¿Tú, el esclavo, vas a estar a malas conmigo que soy tu amo?

PS.— ¿Y es que acaso te parece eso una cosa tan de extrañar?

SIMÓN— ¡Hércules! Tal como te expresas, no parece sino que tengo que guardarme de tus iras. [475] Y además, que los golpes que tú pretendes darme son otros que los que yo suelo darte a ti. ¿Qué dices tú, Califón?

CALIF.— Pues yo pienso que tiene razón de estar molesto contigo, si es que tú le muestras tan poca confianza.

SIMÓN— Es igual, dejémosle estar molesto; ya me encargaré yo de que no me cause perjuicios. Pero a ver, Psédolo, ¿qué me dices a mi pregunta?

[480] PS.— Si tienes alguna pregunta que hacerme ¡adelante!; lo que yo sepa, puedes decir que es el oráculo de Delfos quien te da la respuesta.

SIMÓN— Préstame entonces atención y ten presente esa promesa que me haces. Dime: ¿sabes acaso si mi hijo anda enamorado de una flautista?

PS.— ¡Yes!¹⁴.

SIMÓN— ¿Y que quiere darle la libertad?

PS.— ¡Yes!

[485] SIMÓN— ¿Y que tú tienes el plan de birlarme veinte minas con tus embustes y tus sabios ardides?

PS.— ¿A ti te las voy a birlar?

SIMÓN— Sí, eso, para dárselas a mi hijo para que pueda comprar a su amiga: ¡Anda, confíesalo, di otra vez «yes»!

PS.— ¡Yes!

CALIF.— ¡Lo confiesa!

SIMÓN— ¿No te lo había dicho yo, Califón?

[490] CALIF.— Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

SIMÓN— ¿Por qué me lo has ocultado una vez que lo supiste?, ¿por qué no lo he sabido yo?

PS.— Yo te lo diré: porque no quería ser yo el promotor de una costumbre tan fea como que un esclavo acuse a uno de sus amos ante el otro.

SIMÓN— Éste se merecía que le agarraran por el cuello y le llevaran al molino.

[495] CALIF.— Pero ¿es acaso culpable?

¹⁴ En griego en el original.

SIMÓN— ¡Y en grado sumo!

PS.— Deja yo sé lo que me hago, Califón; mis faltas mías son. (*A Simón.*) Ahora escucha por qué no te he dado cuenta de los amores de tu hijo: sabía que me esperaba el molino si te lo decía.

[500] SIMÓN— ¿Y no sabías que te esperaba el molino si me lo callabas?

PS.— Claro que lo sabía.

SIMÓN— ¿Por qué no se me ha dicho entonces?

PS.— Pues porque en el primer caso, el castigo era inminente, en el segundo estaba lejos; lo primero era cosa hecha, para lo segundo había todavía un poco de plazo.

SIMÓN— ¿Y qué es lo que vais a hacer ahora?, porque, desde luego, a mí es imposible birlarme el dinero, [505] sobre todo después de que estoy ya en ello. Voy a dar por todas partes el aviso de que no se os preste cantidad ninguna.

PS.— Te juro que no me andaré con súplicas con nadie mientras tú estés en vida; tú serás quien me des el dinero, a ti te lo voy a sacar.

SIMÓN— ¿Que me lo vas a sacar a mí?

PS.— Y tanto que sí.

[510] SIMÓN— Un ojo de la cara me puedes sacar si es que llego a dártelo.

PS.— Pues me lo darás. Ya desde ahora te aviso que te andes con tiento conmigo.

SIMÓN— Al menos una cosa es segura: que si me lo sacas, habrás llevado a cabo una hazaña sorprendente.

PS.— Y la llevaré a cabo .

SIMÓN— ¿Y si no lo consigues?

PS.— Me das de latigazos. Pero y si te lo saco, ¿qué?

[515] SIMÓN— Pongo a Júpiter por testigo de que no recibirás castigo por ello en tu vida.

PS.— A ver si lo tienes presente.

SIMÓN— ¿Te crees que no voy a ser capaz de andar con ojo, una vez que estoy avisado?

PS.— Yo te recomiendo que tengas cuidado. Te aviso, digo, que tengas cuidado. Ándate con ojo; ahí, con esas mismas manos, me entregarás tú hoy el dinero.

CALIF.— ¡Hércules, qué tipo tan famoso si cumple su palabra!

[520] PS.— (*A Simón.*) Tú puedes considerarme tu esclavo si no me salgo con la mía.

SIMÓN— Muy agradecido; por lo visto, ahora no me perteneces, ¿no?

PS.— ¿Quieres que diga todavía una cosa que os asombre aún más?

CALIF.— ¡Hércules! estoy deseando oírlo, porque la verdad es que te escucho con sumo gusto.

[523^a] SIMÓN— Venga, que no es poco el gusto con que te oigo.

[525] PS.— Antes de dar esta batalla, daré además otra gloriosa y memorable.

SIMÓN— ¿Cuál batalla?

PS.— Mira, el rufián ese vecino tuyo: la flautista esa por la que se muere tu hijo, ¿eh?, pues ésa se la voy a birlar al rufián con mis engaños y mis sabios ardidés.

SIMÓN— ¿Qué?

[530] PS.— Esta misma tarde estará todo perfecto, lo uno y lo otro.

SIMÓN— Si es que, como afirmas, consigues llevar a cabo esas dos operaciones, vas a dejar atrás al rey Agatocles¹⁵ por tu valentía. Pero, si no lo consigues, ¿tienes algo en contra de que te ponga en el molino?

[535] PS.— Y no para un solo día, sino para todo lo que me quede de vida. Pero, si lo consigo, ¿me darás de grado enseguida el dinero para que se lo entregue al rufián?

CALIF.— Es muy justo lo que pide Pséudolo, dile que sí, que se lo darás.

SIMÓN— Pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir ahora mismo?: a ver si va a ser que el rufián y éste se han entendido entre sí, Califón, [540] o han tramado un engaño y actúan de común acuerdo para birlarme el dinero.

PS.— ¿Dónde encontrar un tipo más valiente que yo, si me atrevo a dar tal golpe? Tú no sufras, Simón, que yo te digo lo siguiente: si es que nos hemos puesto de acuerdo, o si hemos tramado un

¹⁵ Famoso tirano de Siracusa entre 318 y 289 antes de nuestra era.

plan, o si nos hemos entendido uno con otro en lo que se refiere a este asunto, [544^a] así como se escriben las letras en un papel con un cálamo, [545] igualmente puedes dejar escritas mis espaldas con varas de olmo.

SIMÓN— Venga, manos a la obra, echa ya entonces el pregón de la fiesta, si es que te empeñas.

PS.— Tú, Califón, estáte hoy a mi disposición, por favor, no te ocupes de ningún otro asunto.

CALIF.— Pero es que había planeado ayer ir hoy a la finca.

[550] PS.— Pues da al traste con los planes que habías planeado.

CALIF.— No, desde luego que no voy, por causa tuya, que estoy deseoso de contemplar el espectáculo que nos vas a ofrecer, Pséudolo. Más aún, si veo que Simón no te da el dinero como ha prometido, antes de que te quedes sin ello, estoy dispuesto a dártelo yo.

[555] SIMÓN— Yo no me vuelvo atrás de lo dicho.

PS.— Puedes estar seguro de que, si no me lo das, se te reclamará a grito pelado. Hale, largaos ya, adentro con vosotros y dejadme campo libre, que pueda yo dar comienzo a mis maquinaciones.

CALIF.— Sea, se te dará gusto.

[560] PS.— Pero tú ya sabes que no quiero que salgas de casa.

CALIF.— Que sí, que te prometo mi colaboración.

SIMÓN— Pues yo me voy al foro; ahora mismo estaré de vuelta.

PS.— Vuelve rápido. (*Se van los viejos.*) (*Al público.*) Tengo yo ahora la sospecha que vosotros sospecháis, que yo prometo tan grandes hazañas sólo para distraeros durante la [565] comedia, y que no voy a hacer lo que he dicho que haría. Pues no, no me vuelvo atrás. Pero la verdad es que, que yo sepa, no sé aún la forma en que lo haré; lo único que sé es que tendrá lugar. Quien se presenta en las tablas debe ofrecer [570] novedades de forma y de contenido; si no es capaz de hacerlo, que deje paso al que lo sepa. Ahora quiero recogerme un rato en casa para reclutar los embustes en mi caletre [573^a]; *** saldré, no os haré esperar; entre tanto, os distraerá aquí el flautista.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO

¡Oh, Júpiter! ¡Qué bonitamente, qué felizmente me sale todo aquello donde pongo la mano! [575] El plan que abrigo en mi pecho no deja lugar a dudas ni temores. Desde luego, es una necedad confiar grandes empresas a personas pusilánimes porque todo en este mundo depende de la forma en que lo hagas, de la importancia que le des; yo he dispuesto ya en mi cabeza de tal forma mis tropas, [580] filas dobles y triples de ardides y de engaños, que sea donde sea donde me tope con el enemigo (dicho sea, fiado en el valor de mis antepasados y en mi propia capacidad para la malicia y el engaño), podré, digo, vencerle fácilmente y fácilmente expoliar con mis perfidias a mis adversarios. Ahora va a ser a Balión, este enemigo común mío y vuestro [585] al que voy a desbalionar con mi ballesta; prestad sólo atención; [585^a] yo estoy dispuesto a dar el asalto a esta ciudad (*señalando la casa de Balión*) de forma que sea tomada hoy, y contra ella voy a dirigir mis legiones; si la conquisto, les facilitaré la vida a mis conciudadanos. Después dirigiré mi ejército en seguida contra esta vieja ciudad (*señalando la casa de Simón*), de donde me cargaré y colmaré de botín a mí y a todos mis camaradas, para que se sepa que he nacido para infundir el terror y poner en fuga a mis enemigos: tal es la estirpe de la que soy oriundo; [590] yo estoy predestinado a llevar a cabo grandes hazañas, cuya fama se mantenga largo tiempo entre las generaciones venideras. Pero ¿quién es ése que veo, ese desconocido que se ofrece a mi vista? Me está entrando curiosidad de saber a qué viene ahí con esa espada, voy a observar desde aquí qué es lo que hace.

ESCENA SEGUNDA

HÁRPAX, PSÉUDOLO

[594-95] HÁ.— Éstos son los lugares y éste es el barrio que me ha indicado mi amo, según puedo yo verificar por mis ojos la razón que me dio mi amo el militar: a partir de la puerta de la ciudad hace la séptima la casa donde vive el rufián a quien me ha mandado traer esta contraseña y este dinero. No sé lo que daría por encontrar a alguien que me indicara, dónde vive exactamente el rufián Balión.

[600] PS.— (*Aparte.*) ¡Chis, calla, calla, éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los hombres! [601^a] Tengo que tomar una nueva resolución, que ésto es algo que se me presenta muy de improviso; esto tiene, preferencia, renuncio a todos mis planes anteriores. Verás a qué vapuleo voy a someter al mensajero militar este.

HÁ.— Voy a llamar a la puerta para que salga alguien.

[605] PS.— Tú, quienquiera que seas, ahórrate esos golpes, que yo he salido a la calle para interceder por esta puerta y protegerla.

HÁ.— ¿Eres tú entonces Balión?

PS.— No, yo soy Vicebalión.

HÁ.— ¿Y qué quiere decir eso?

PS.— Yo soy el que administra sus víveres, el encargado de la despensa.

HÁ.— O sea, su mayordomo.

PS.— No, ése está por debajo de mí.

[610] HÁ.— A ver, ¿tú eres esclavo o libre?

PS.— Por lo pronto soy todavía esclavo.

HÁ.— Esa facha tienes, no tienes aspecto de ser un hombre libre.

PS.— Échate una mirada a ti mismo antes de hablar mal a los demás sin motivo.

HÁ.— (*Aparte.*) Este individuo debe ser un pillito.

PS.— (*Aparte.*) Yo gozo realmente del favor de los dioses; este tipo me va a servir de yunque: ¡y que no van a ser pocas las patrañas qua voy a forjar en él!

[615] HÁ.— (*Aparte.*) ¿Qué es lo que habla ahí ése para sus adentros?

PS.— ¡A ver, joven!

HÁ.— ¿Qué quieres?

PS.— ¿Vienes tú o no de parte del militar macedonio, eres esclavo de uno que nos ha comprado una joven, que ha entregado a mi amo el rufián quince minas y le debe cinco?

HÁ.— Sí que lo soy. Pero ¿de dónde diablos me conoces [620] o dónde me has visto o cruzado jamás una palabra conmigo? Porque, desde luego no he venido nunca con anterioridad a Atenas, ni te he visto con mis ojos a ti nunca jamás antes de hoy.

PS.— Me ha dado la impresión de que vienes de su parte; es que cuando se marchó de aquí, se concertó el día de hoy como fecha para traer el resto del dinero y todavía no nos lo ha traído.

[624-25] HÁ.— Y tanto que sí.

PS.— ¿Es que lo traes tú?

HÁ.— Yo mismo en persona.

PS.— ¿Y qué haces entonces que no me lo entregas?

HÁ.— ¿A ti te lo voy a entregar?

PS.— A mí, Hércules, que estoy al frente de los bienes y de la contabilidad de mi amo Balión, que cobro los dineros y efectúo los pagos a quienes se los debe.

HÁ.— ¡Hércules! Así administraras los tesoros del propio Júpiter no te entregaría yo a ti ni un céntimo.

PS.— Nada más que dar un estornudo estará resuelta la cosa.

[630] HÁ.— Ni resuelta ni suelta, sino bien atada (*señalando la bolsa del dinero*).

PS.— ¡Ay de ti! ¡conque vas a ser tú el que ponga en tela de juicio el crédito de que gozo, como

si de continuo no se me entregaran a mí solo cantidades cien veces mayores que ésa!

HÁ.— Puede ser que otros sean de esa opinión y que a pesar de eso yo no te haga confianza.

PS.— O sea que quieres decir que yo pretendo birlarte el dinero.

[635] HÁ.— No, sino que tú eres quien lo dice, y yo, pues como si tuviera esa impresión. Pero ¿cómo te llamas?

PS.— (*Aparte.*) El rufián este tiene un esclavo que se llama Siro, le diré que soy él. Me llamo Siro.

HÁ.— ¿Siro?

PS.— Sí, ése es mi nombre.

HÁ.— Estamos hablando demasiado; si tu amo está en casa ¿por qué no le dices que salga, para acabar con el encargo que traigo, te llames como te llames?

[640] PS.— Si estuviera en casa, le llamaría. Pero si me lo quieres dar a mí, estará más pagado todavía que si se lo das a él.

HÁ.— ¿Sabes tú una cosa? Mi amo me ha enviado a entregar esta cantidad, no a perderla, porque, estoy bien seguro, todo ese afán no es más que porque no puedes echarle las garras a esto. Yo, aparte de a Balión, no le entrego a nadie un céntimo.

[645] PS.— Pero es que ahora está ocupado; está en un juicio.

HÁ.— ¡Los dioses le amparen! Pero, por lo que a mí toca, volveré cuando crea que está en casa. Tú hazte cargo de esta carta y se la das a él, que ésa es la contraseña entre mi amo y el tuyo para el asunto este de la joven.

PS.— Sí, lo sé: que el que traiga el dinero y un sello con su retrato, que le mandáramos con él a la joven. [650] Es que aquí ha dejado también una copia de su sello.

HÁ.— Estás al tanto de todo.

PS.— Pues ¿cómo podría ser de otra forma?

HÁ.— Entrégale, pues, esta contraseña a tu amo.

PS.— Vale. Pero ¿cómo te llamas?

HÁ.— Hárpax¹⁶.

PS.— Largo de aquí, Hárpax, no me haces gracia; te juro que lo que es aquí en nuestra casa no entras, no sea que vayas a hacer de las tuyas.

[655] HÁ.— Es que suelo capturar vivos a los enemigos en la batalla, por eso me dicen así.

PS.— Me parece a mí que más bien las vasijas de bronce de las casas.

HÁ.— No es así. Pero ¿sabes lo que te ruego, Siro?

PS.— Lo sabré, si es que me lo dices.

HÁ.— Yo paro al otro lado de la puerta de la ciudad, en la fonda que hace el número tres, en casa de Crisis, la vieja esa que parece un tonel, coja y gorda.

[660] PS.— ¿Y qué es lo que quieres pues?

HÁ.— Que vayas a llamarme allí cuando vuelva tu amo.

PS.— Como quieras, de acuerdo.

HÁ.— Porque es que vengo cansado del camino y quiero reposar un poco.

PS.— Tienes razón, me parece muy bien. Pero mira que no me hagas andarte buscando cuando vaya a llamarte.

HA.— No, luego que almuerce, me echaré a dormir.

PS.— Estupendo.

[665] HÁ.— ¿Alguna cosa más?

PS.— Que te vayas a dormir.

HÁ.— Me marchó.

PS.— ¡Eh, tú, Hárpax! Cuida de arroparte bien; verás que bien te encuentras después de haber sudado. (*Hárpax se va.*)

¹⁶ Nombre parlante, 'rapaz', 'ladrón'.

ESCENA TERCERA

PSÉUDOLO

¡Dioses inmortales, ese tipo me ha salvado con su llegada! Con su viático me ha hecho volver a buen camino, perdido como estaba; porque la misma Oportunidad en persona [670] no hubiera podido llegar más oportunamente que la oportuna carta esta que me ha entregado; esto es el cuerno de la abundancia, que contiene en sí todo lo que deseo: ardidés, engaños de todo género, embustes, dinero y la amiga para el enamorado hijo del amo. Y ahora, para presumir y dar prueba de lo listo que soy: [675] todos los detalles para birlarle la joven al rufián los tenía yo ya dispuestos punto por punto; todo estaba pensado, calculado, delineado tal como me había parecido oportuno pero no hay duda: la diosa de la Fortuna da ella sola ciento y raya a los planes de cien hombres listos. Y otra cosa también es verdad: el éxito en las empresas depende de la medida en que se sabe aprovecharse de la fortuna, [680] y ése es el criterio por el que se puede distinguir a una persona cuerda. Cuando nos enteramos de que un plan le ha salido bien a alguien declaramos que es una persona de talento, y un imbécil aquel a quien le sale mal. ¡Necios de nosotros!, no nos damos cuenta del error en que estamos cuando deseamos ardientemente alcanzar una cosa, como si estuviera en nuestra mano el saber lo que mejor nos conviene. [685] Dejamos lo cierto por lo dudoso, y al final sucede que la muerte se nos echa encima en medio de penas y trabajos. Pero basta ya de filosofías, ya estoy hablando demasiado. ¡Dioses inmortales!, ni a precio de oropel¹⁷ hubiera salido caro el embuste que me acabo de inventar [690] al decir que era el esclavo del rufián. Ahora con esta carta voy a engañar a tres al mismo tiempo, al amo, al rufián y al dador de la misma. ¡Bravo, la historia se repite, otro deseo que se me cumple!: ahí veo venir a Calidoro que trae a quien sea consigo.

ESCENA CUARTA

CALIDORO, CARINO, PSÉUDOLO

CALI.— (*A Carino.*) Dulzuras y amarguras, ya te he dado cuenta de todo, [695] ya estás al tanto de mis amores, de mis dificultades, de mis escaseses.

CA.— Lo tengo todo presente; tú ahora no tienes más que decirme qué es lo que quieres que haga.

[696^a] CALI.— Yo te he dicho entre otras cosas [...] ¹⁸.

[696^b] CA.— Lo sé todo, te digo; tú sólo dime qué es lo que quieres que haga.

CALI.— Pséudolo me ha dado la orden de que le trajera una persona activa, diligente y bien dispuesta para conmigo.

CA.— Pues has cumplido muy bien sus órdenes, porque en mí tienes un amigo [700] y una persona que te quiere bien; pero ese Pséudolo que dices no sé yo quién es.

CALI.— Es un tipo que ni pintado, y para mí, lo que se dice un factótum. Él me ha asegurado que llevará a cabo lo que te dije.

PS.— Verás en qué forma tan subida le voy a hablar.

CALI.— ¿De quién es esa voz que oigo?

PS.— ¡Ío, ío, oh, mi soberano, a ti, a ti te busco, yo, Pséudolo, tu esclavo!: yo te daré tres veces, en tres dones, [705] en tres porciones, de tres maneras, tres satisfacciones, por [705^a] tres caminos tres alegrones, alevosamente conseguidos de tres cretinos, a fuerza de embustes, de astucia y ser ladino. Aquí, aquí en este insignificante lacrado memorial, te traigo todo lo dicho.

CALI.— ¡Él es!

CA.— ¡Qué bien sabe parodiar el tono trágico el muy bribón!

¹⁷ Cf. nota a *Curculio* 202.

¹⁸ Texto corrupto.

PS.— Avanza hacia mí a la par mía, alargando tranquilo, tu mano y dame la bienvenida.

CALI.— ¿Bajo qué nombre te debo saludar, Psédolo, debo llamarte mi Esperanza, o mi Salvación?

[710] PS.— Las dos cosas.

CALI.— Salud, «Lasdoscosas». Pero ¿cómo van los asuntos?

PS.— Tú tranquilo.

CALI.— Mira, aquí he acarreado a éste.

PS.— ¿Qué, que lo has acarreado?

CALI.— Bueno, que lo he traído conmigo, quise decir.

PS.— ¿Y quién es?

CALI.— Carino.

PS.— ¡Bravo!, te hago gracia del tal Carino¹⁹.

CA.— Puedes mandarme tranquilamente lo que quieras, si se te ofrece algo.

PS.— Gracias, gracias, no te molestes, Carino, no vamos a incomodarte.

[715] CA.— ¿Vosotros incomodarme? No es molestia ninguna.

PS.— Bueno, pues entonces quédate, si quieres.

CALI.— (*Al ver la carta que tiene Psédolo.*) ¿Qué es eso?

PS.— Acabo de hacerme con esta carta y con una contraseña.

CALI.— ¿Contraseña?, ¿qué contraseña?

PS.— La contraseña que ha sido traída ahora mismo de parte del militar. Acabo de pegársela al esclavo que la traía. Trae también cinco minas, venía a llevarse a tu amiga.

[720] CALI.— ¿Cómo?

PS.— Oye, tú, la comedia esta se representa para los espectadores: ellos lo saben, que estaban presentes; a vosotros os lo contaré después.

CALI.— Y ahora ¿qué hacemos?

PS.— Hoy mismo tendrás a tu amiga libre entre tus brazos.

CALI.— ¿Yo?

PS.— Tú mismo en persona, digo, si los dioses me dan vida con tal de que me encontréis un sujeto a toda prisa.

CA.— ¿De qué facha?

[725] PS.— Un bribón, un hombre astuto, avisado, alguien que, una vez puesto en camino, sepa luego tomar resoluciones propias; y además, que no haya sido visto por aquí.

CA.— ¿Importa si es un esclavo?

PS.— Todo lo contrario: prefiero con mucho que no sea un hombre libre.

CA.— Yo creo que te puedo proporcionar un individuo pillo y ladino, [730] que acaba de llegar de Caristo²⁰: de parte de mi padre y no ha salido hasta ahora de casa a parte ninguna ni ha estado nunca en Atenas antes del día de ayer.

PS.— Estupendo. Pero yo necesito encontrar hoy cinco minas prestadas, que devolveré hoy mismo porque el padre de éste (*Calidoro*) está en deuda conmigo.

CA.— Yo te las daré, no las busques por otra parte.

[735] PS.— ¡Oh, qué hombre tan oportuno! También necesito una clámide, una espada y un sombrero de viaje.

CA.— Yo te lo puedo prestar.

PS.— ¡Dioses inmortales, este hombre me está resultando no Carino ni carencia, sino la Abundancia en persona! Pero ese esclavo de Caristo que dices ¿es de fino olfato?

CA.— En cuanto a olfato, es a chotuno a lo que le apestan los sobacos²¹.

PS.— Debe llevar una túnica con mangas. Y ¿tiene sal el tipo ese?

¹⁹ La frase está en griego: juego de palabras entre *Charinus* y *chárin*; el sentido es doble: «te doy las gracias» y «te hago gracia de él».

²⁰ Ciudad de la isla de Eubea.

²¹ Traducción aproximada, juego de palabras en el texto latino.

CA.— Por arrobas.

[740] PS.— Y si es dulzura lo que se necesita, ¿es también capaz de suministrarla?

CA.— ¡Qué pregunta!: vino mirrado o de pasas, mosto, hidromiel, miel de toda clase; más aún, es que una vez hasta quiso poner por eso una taberna en sus adentros.

PS.— ¡Bravo! me pagas en la misma moneda, Carino. Pero ¿cómo se llama el tipo?

CA.— Simia.

[745] PS.— ¿Sabe coger las vueltas en una situación difícil?

CA.— Y más de prisa que un trompo.

PS.— ¿Tiene buenas explicaderas?

CA.— En especial para salir con bien de sus muchas trapisondas²².

PS.— ¿Y cuando le cogen con las manos en la masa?

CA.— Es como una anguila: se escurre.

PS.— ¿Tiene decisión?

CA.— Una decisión del pueblo no es más decidida que la suya²³.

PS.— ¡Qué tipo tan estupendo, tal como me lo describes!

[750] CA.— Pues si supieras, verás, nada más que echarte la vista encima te explicará él mismo qué es lo que quieres. Pero, ¿qué es lo que piensas hacer?

PS.— Yo te lo diré. Una vez disfrazado, le haré pasar por el esclavo del militar; él traerá la contraseña esta al rufián juntamente con las cinco minas, y se llevará a la joven de la casa del rufián ahí tienes toda la historia. [755] Por lo demás, los detalles de su actuación se los explicaré a él mismo.

CALI.— ¿Qué hacemos aquí entonces?

PS.— Traedme en seguida al tipo ese disfrazado como corresponde a casa del banquero Esquines, pero daos prisa.

CALI.— Allí estaremos antes que tú.

PS.— Marchaos entonces rápido. (*Se van.*) Disipadas han quedado todas mis dudas y mis incertidumbres, [760] ahora está todo transparente, ahora tengo la mente clara; el camino está libre. Yo conduciré todas mis legiones en orden bajo sus enseñas: con el vuelo de los pájaros a la izquierda²⁴, bajo auspicios que no dejan lugar a dudas y conforme a mis deseos, estoy seguro de que podré perder a mis enemigos. Ahora me voy al foro para cargar a Simia con un buen fardo de advertencias: [765] le explicaré cuál es su cometido, que no dé algún traspiés, para que sea sabio portador de nuestra trapisonda. Verás qué pronto tomo al asalto la ciudadela rufianesca.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

UN JOVEN ESCLAVO²⁵

(*Saliendo de la casa de Balión.*) Si los dioses hacen caer a un chico en la esclavitud de un rufián y si encima resulta [770] que es feo, realmente le afligen, en mi opinión, con una gran desgracia y con penas sin cuento. Éste es el caso de la esclavitud que me ha tocado en suerte, que pesan sobre mí toda clase de desgracias, grandes y pequeñas: no me es posible encontrar un galán que sienta predilección por mí, que fuera entonces tratado al fin de forma un poco más aparente. [775] Y el caso es que hoy es el cumpleaños del rufián este: nos ha amenazado a todos desde el más

²² Juego de palabras en el texto latino.

²³ Juego de palabras en el texto latino.

²⁴ Cf. nota a *Epidicus* 183-184.

²⁵ Escena no auténtica en opinión de Lorenz, Ussing y Ernout.

empingorotado hasta el último de la casa, con que el que no le hiciera un regalo en el día de hoy, perecería mañana con la peor de las torturas. [780] Yo, en serio que no sé cómo arreglármelas; yo no puedo lo que pueden los que están hechos a ello. Pero si yo no le entrego hoy un regalo, tendré que tragarme mañana una buena ración de palos. ¡Ay, que mi corta edad no da todavía para ese asunto! Y, desde luego, con el miedo que tengo ahora de los palos, [785] pobre de mí, si alguien me pone en la mano algo de peso: a pesar de que dicen que se hace a fuerza de gritos creo que podré apretar los dientes como sea; ahora lo que tengo que apretar es la boca y callarme: ahí vuelve del foro el amo con el cocinero.

ESCENA SEGUNDA

BALIÓN, UN COCINERO

[790] BA.—Eso de decir «mercado de cocineros» es una necesidad; en realidad se debía decir «mercado de ladrones». Porque en el caso de que hubiera yo jurado buscar un cocinero malo de verdad, no hubiera podido traer otro peor que el que traigo, un charlatán, un majadero, un inútil. [795] Como que yo creo que el Orco no se le ha querido llevar a su seno sólo para que hubiera aquí quien preparara la cena para los muertos, que yo creo que no hay otro más capaz de guisar a su gusto.

CO.— Si eras de opinión de que soy así como dices, ¿para qué me has contratado?

[800] BA.—A falta de poder elegir: no había otro. Pero ¿por que estabas tú allí solo en el foro, siendo cocinero tú y nada más que tú?

CO.— Yo te lo explicaré: la culpa de pasar por un mal cocinero no reside en mí, sino en la avaricia ajena.

BA.—¿Y eso cómo?

CO.— Yo te lo diré. Pues porque nada más llegar para contratar a un cocinero, [805] nadie va y escoge al mejor y al más caro, sino que contratan al más barato; ése es el motivo por el que era yo el único que estaba allí en el foro sentado a la espera. No tengo nada en contra de que se dejen contratar esos desgraciados por una dracma, pero lo que es a mí, no [810] me hace nadie levantarme de mi asiento por menos de dos. Yo no trabajo como los demás cocineros, que te presentan en los platos una pradera guisada, que toman a los comensales por ganado bovino, no les ofrecen sino hierbas... y luego, eso, el condimento de las hierbas, pues otro tanto de lo mismo: [815] le ponen cilantro, hinojo, ajo, perejil, sirven romazas, col, acelgas, bledo; le echan una libra de laserpicio²⁶, le machacan la maldita mostaza, que le hace a uno saltársele las lágrimas ya antes de ponerse a ello. [820] Esos individuos, cuando preparan una cena, al condimentarla no la condimentan con condimentos, sino con harpías, capaces de devorar las entrañas de los comensales ya en vida. Por eso vive aquí la gente tan poco tiempo, por echarse a la andorga tal clase de hierbas, que da horror ya sólo nombrarlas, cuánto más comerlas. [825] Eso, unas plantas que no las tocan los animales, van los hombres y se las comen ellos.

BA.—Oye, ¿es que utilizas tú condimentos mágicos con los que alargas la vida humana?, ¿a qué si no tantos denuestos contra esa otra clase de condimentos?

CO.— Puedes afirmarlo con toda tranquilidad, porque hasta doscientos años pueden vivir [830] las gentes que coman los manjares que yo preparo. Es que yo, nada más echar en las cazuelas el cocilendro o el cepolendro o la mácida o la saucáptide, en seguida empiezan las cazuelas a hervir de por sí.

[835] Estas hierbas las utilizo para preparar los frutos del mar; los animales terrestres los condimento con hapalópside o con cataractria²⁷.

BA.—Anda y que Júpiter te confunda con tus condimentos y con toda esa serie de embustes que

²⁶ Cf. nota a *Rudens* 630.

²⁷ Nombres no identificables, probablemente inventados por el cocinero.

estás contando.

CO.— Déjame hablar, hombre.

BA.—Habla y vete al cuerno.

[840] CO.— Cuando hierven ya todas las cazuelas, las destapo todas; entonces el olor que despiden vuela hacia el cielo a mano suelta; Júpiter mismo cena el olor ese todas las noches.

BA.—El olor a mano suelta?

CO.— Me he confundido.

BA.—¿Cómo?

CO.— Quise decir a pierna suelta²⁸.

[845] BA.—Y si no vas a ninguna casa a guisar, ¿qué es lo que cena Júpiter?

CO.— Se va a la cama sin cenar.

BA.—¡Vete al cuerno! ¿Y para eso voy a pagarte yo hoy dos dracmas?

CO.— Yo confieso que soy un cocinero muy caro, pero conforme al precio es también la calidad de mi trabajo [850] en las casas a donde soy contratado.

BA.—Sí eso, para robar.

CO.— Oye, ¿es que pretendes tú encontrar algún cocinero sin uñas de milano o de águila?

BA.—¿Y es que pretendes tú ir a cocinar a ninguna parte sin que te hagan preparar la cena con las uñas cortadas? (*A un esclavo.*) [855] Ahora, tú, a ti, que eres de los míos, te ordeno que te des prisa en quitar de en medio todas las cosas y, además, que no pierdas de vista a éste: a donde quiera que dirija él su mirada, la diriges tú también; si va hacia donde sea, tú detrás; [860] si alarga la mano, tú otro tanto de lo mismo; si es que es algo suyo lo que coge, le dejas cogerlo, si echa mano a algo nuestro, lo agarras tú por otro lado; si da un paso, lo das tú también, si se para, tú igual, si se agacha, te agachas tú al mismo tiempo; [865] a sus pinches les daré también a todos un guardaespaldas particular.

CO.— No te pongas así, hombre, no seas tan pesimista.

BA.—Dime cómo es eso posible trayéndote a ti aquí a mi casa.

CO.— Pues porque con lo que te tragues hoy aquí por obra mía verás como te ocurre igual que a Pelias con Medea, [870] que con sus filtros y sus pócimas se cuenta que le volvió un pollo de un abuelo que era el hombre²⁹. Igualito haré yo contigo.

BA.—Oye, tú, pero ¿es que eres también brujo?

CO.— No, al contrario, una salvaguarda del género humano.

[874-75] BA.—¡Anda ahí! ¿Cuánto me llevas por enseñarme una sola de tus recetas?

CO.—¿Cuál?

BA.—De cómo te puedo guardar a ti para que no me robes nada.

CO.— Si te fías de mí, dos dracmas; si no, no lo hago ni por cien. Pero vamos a ver: ¿es a tus amigos o a tus enemigos a quienes vas a dar hoy una cena?

BA.—Hombre, naturalmente a mis amigos.

[880] CO.— ¿Y por qué no invitas mejor a tus enemigos? Porque es que yo voy a presentar a tus comensales una cena preparada de tal forma y condimentada con una exquisitez tal, que todos y cada uno de los que gusten de cada uno de mis platos van a tener que roerse los dedos.

[885] BA.—¡Hércules! por favor, anda y ve, y antes de ofrecérsela a ninguno de mis invitados, pruébala tú primero y dásela a probar a tus pinches, para que os roáis vuestras ladronas manos.

CO.— Me da a mí la impresión de que no me crees lo que digo.

BA.—Anda y no te pongas cargante; ya es demasiado lo que estás cascando, cierra el pico.

[890] Mira, ésa es mi casa; entra y prepara la cena. Date prisa.

ESCL. —(*del cocinero*)— ¡Ponte a la mesa y llama a los comensales, que se pasa la cena!

BA.—Ahí tienes; de tal palo tal astilla, el lameplatos este se porta ya también como un pícaro. Desde luego, no sé por donde empezar a vigilar: [895] la casa está ya llena de ladrones, y aquí al lado (*la casa donde vive Pséudolo*) hay un bandido; el vecino de aquí, el padre de Calidoro, no ha

²⁸ En el texto latino es otra la frase hecha.

²⁹ Según la leyenda, no le devolvió la juventud, sino que le envenenó.

parado de advertirme antes en el foro que tuviera cuidado con su esclavo Pséudolo y que no me fiara de él, porque dice que anda dando vueltas hoy para, [900] si puede, birlarme a la joven. Me ha dicho que le ha prometido firmemente que se llevará de mi casa a Fenicio por malas artes. Ahora me voy para dentro y avisaré a toda mi gente que no se fíen un pelo de él. (*Entra en casa.*)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO, SIMIA

[905] PS.— (*Hablando con Simia, sin darse cuenta de que no le sigue.*) Si ha sido jamás voluntad de los dioses inmortales el socorrer a alguien, entonces es cosa hecha que quieren mi salvación y la de Calidoro, así como también la ruina del rufián; para mi socorro te crearon ellos a ti, un hombre tan avisado y tan astuto. (*Volviéndose a mirar.*) Pero ¿dónde está éste?, ¿pues no seré necio de estarme relatando todo esto a mí mismo? ¡Hércules!, me parece que me ha engañado; [909^a] siendo los dos tal para cual, he andado con poca precaución con él. [910] Entonces desde luego estoy perdido, si es que se ha largado, ni podré dar hoy cima a mi empresa. Pero mira, ahí lo veo, una estatua a propósito para ser apaleada; ¡qué forma de marchar, con qué aires avanza! ¡Eh, tú, estaba venga mirar por todas partes buscándote, por Hércules! Ya pensaba horrorizado, si te habías escurrido.

SIMIA— Confieso que en ese caso no hubiera hecho sino lo que me corresponde.

[913^a] PS.— ¿Dónde te habías metido?

SIMIA— Donde me ha dado la gana.

PS.— Eso me lo tengo bien sabido.

SIMIA— ¿Para qué preguntas entonces lo que sabes?

[915] PS.— A ver, que quiero darte unos avisos.

SIMIA— Déjate de dar avisos a los demás estando tú necesitado de ellos.

PS.— Oye, tú, te pones demasiado insolente conmigo.

SIMIA— ¿Cómo no me voy a poner insolente teniendo que hacer de militar?

PS.— Es que estoy con prisas de dar ya cima a nuestro plan.

SIMIA— ¿Y es que acaso ves que hago otra cosa?

[920] PS.— Pues venga, muévete con más ligereza.

SIMIA— No, sino despacito.

PS.— Ahora es la ocasión; mientras que el otro duerme, quiero que te adelantes tú a presentarte.

SIMIA— ¿A qué tantas prisas?, calma, tú tranquilo. [921^a] Júpiter haga que aparezca también allí, sea quien sea, el que viene de parte del militar: [925] yo te juro que jamás de los jamases será el otro más Hárpax que yo. Tú no te apures, que yo te daré este asunto solucionado de maravilla, y al soldado ese forastero le voy a dejar tan achantado a fuerza de imposturas y de embustes, [930] que va a negar que es el que es y a asegurar que soy yo quien es él.

PS.— ¿Cómo puede ser eso?

SIMIA— ¡Me matas con tu pregunta!

PS.— ¡Qué tipo tan estupendo!

SIMIA— Hasta a ti, que eres mi maestro, te voy a dejar atrás con mis imposturas y mis embustes, para que lo sepas.

PS.— ¡Júpiter te guarde para bien mío!

SIMIA— No, sino para el mío. Pero echa una mirada para acá: ¿me cae bien el disfraz este?

[935^a] PS.— ¡Fenomenal!

SIMIA— Vale.

PS.— Que los dioses inmortales te concedan, todos los bienes que desees, que si quisiera que te den lo que te mereces, sería menos que nada; yo no he visto en mi vida un tipo más malo y más

resabiado que éste.

SIMIA— Conque tú te atreves a decirme eso a mí, ¿eh?

[938^a] PS.— Me callo. Pero ¡si supieras la forma en que te voy a recompensar [939^a] si me solucionas el asunto este con la debida circunspección!

[940] SIMIA— ¡Calla ya! Hacer recordar a quien recuerda, borra el recuerdo a quien recordaba. Estoy al tanto, lo conservo todo en mi caletre, tengo muy bien pensados todos los embustes.

PS.— ¡Qué tipo más bueno!

SIMIA— Eso, a decir verdad, ni tú ni yo.

PS.— Pero mira que no vayas a dar algún tropezón.

SIMIA— ¿Acabarás por callarte?

PS.— Los dioses me bendigan como...

SIMIA— No te van a bendecir, porque no vas a decir más que mentiras.

PS.— ...es verdad, Simia, que te aprecio y te respeto y te tengo en alta estima por tu perfidia.

[945] SIMIA— Mira, esas canciones me sé yo muy bien cantárselas a los demás; a mí no me puedes hacer tragar tanta carantoña.

PS.— Tú no te puedes figurar lo bien que te voy a tratar cuando hayas dado cima a esta empresa...

SIMIA— ¡Ja, ja, ja!

PS.— ...lo que se dice a pedir de boca: vino, perfumes, buenas presas acompañando las bebidas; además tendrás allí también a una joven guapa, que te colmará de besos.

SIMIA— ¡Anda que no me regalas bien!

PS.— No, pues si lo llevas todo a buen término, entonces sí que lo vas a poder decir.

[950] SIMIA— Si no lo consigo caiga sobre mí la mano del verdugo. Pero venga, dime cuál es la puerta del rufián.

PS.— Ahí, la que hace la tercera.

SIMIA— ¡Chis, calla, se abre la casa!

PS.— Seguro que es que se siente mal.

SIMIA— ¿Por qué?

PS.— Porque vomita al rufián en persona.

SIMIA— ¿Es ése?

PS.— Ése es.

[955] SIMIA— Mala pieza es, Pséudolo, fíjate cómo anda de través, no derecho: ni que fuera un cangrejo.

ESCENA SEGUNDA

BALIÓN, PSÉUDOLO, SIMIA

BA.—Pues no parece este hombre tan malo como pensaba, el cocinero este, digo, porque hasta ahora no le ha echado el garfio más que a una venencia y una copa.

PS.— (*A Simia.*) ¡Eh, tú, ahora es la ocasión y el momento oportuno.

SIMIA— Soy de tu misma opinión.

PS.— Mucha vista y adelante; yo me quedo aquí al acecho.

[960] SIMIA— (*En voz alta.*) Me he quedado bien con el número: ésta es la travesía que hace el número seis a partir de la puerta de la ciudad, aquí es donde me había mandado parar; pero del número que me dijo que hacía la casa, de eso no tengo ni idea.

BA.—(*Aparte.*) ¿Quién es ese tipo de la clámide, o de dónde viene, o a quién buscará? Parece forastero, yo por lo menos no le conozco.

[965] SIMIA— Pero mira, ahí veo a quien me pueda dar razón de lo que no sé.

BA.—Viene derecho a mi casa: ¿de dónde podrá ser el individuo este?

SIMIA— ¡He, tú, el de la barba de chivo, contéstame a lo que te pregunto!

BA.—Oye, tú, ¿no saludas para empezar?

SIMIA— Yo no tengo saludo ninguno que dar.

BA.—Pues te juro que te voy a pagar en la misma, moneda.

[969-70] PS.— (*Aparte.*) ¡Qué comienzo tan bueno!

SIMIA— A ver, ¿conoces tú un individuo aquí en esta calle? ¡A ti te digo!

BA.—Sí, yo a mí mismo.

SIMIA— Pocos son los que hacen eso que dices, que en el foro apenas habrá uno de diez que se conozca a sí mismo.

PS.— (*Aparte*) Estoy salvado, se pone a filosofar.

[975] SIMIA— Yo busco aquí a una mala persona, un tipo que acostumbra a saltarse las leyes, un impío, un perjurio y un malvado.

BA.—(*Aparte.*) Éste me busca a mí, porque todos esos son mis apodos: no le falta más que decir mi nombre. (*En voz alta.*) ¿Y cómo se llama ese hombre?

SIMIA— El rufián Balión.

BA.—¿No lo decía yo? Joven, yo soy el que buscas en persona.

SIMIA— ¿Que tú eres Balión?

[979-80] BA.—Efectivamente, yo lo soy.

SIMIA— A juzgar por tu vestimenta, se diría que eres un butronero.

BA.—Desde luego, y tú, si dieras conmigo en la oscuridad, no me pondrías la mano encima, ¿no?

SIMIA— Mi amo me ha dado el encargo de saludarte de su parte. Toma esta carta, que me la dio para que te la entregara.

BA.—¿Quién es el que te ha dado el encargo?

PS.— (*Aparte.*) ¡Ay de mí!, ahora se ha quedado atrancado, [985] no sabe el nombre, ahora no hay por donde tirar.

BA.—¿Quién es el que dices que me envía esta carta?

SIMIA— Comprueba el sello; dime tú mismo el nombre para que sepa yo que tú eres Balión.

BA.—¡Oh, es Polimaqueroplágides!, el mismo que viste y calza; le reconozco; ¡eh, tú, su nombre es Polimaqueroplágides!

[990] SIMIA— Ahora ya tengo la certeza de que está bien entregada la carta, después que has dicho el nombre de Polimaqueroplágides.

BA.—¿Qué tal le va?

SIMIA— Como a un hombre valiente y a un guerrero de primera. Pero date prisa a leer la carta, por favor, que ando apurado, y a recibir en seguida el dinero y entregarme a la joven. Porque una de dos, o estoy hoy de vuelta en Sición, [995] o muerto soy mañana, que mi amo es un hombre muy despótico.

BA.—Lo sé, no me lo tienes que decir.

SIMIA— Venga, date prisa, pues, en leer la carta.

BA.—Calla entonces, que pueda hacerlo: «El militar Polimaqueroplágides [1000] envía esta carta al rufián Balión, sellada con el sello que fue concertado entre los dos».

SIMIA— El sello va en la carta.

BA.—Ya lo veo y lo reconozco. Pero ¿no acostumbra tu amo a encabezar la carta con un saludo?

SIMIA— Ésa es la forma de ser de los militares. Balión: de su mano [1005] dan la salud a sus amigos y de su mano la perdición a sus enemigos; pero sigue, que te enteres tú por ti mismo de qué es lo que pone la carta.

BA.—Escucha, pues: «Hárpax, mi criado es quien tienes ante ti...», [1010] ¿eres tú Hárpax?

SIMIA— Yo soy Hárpax, y no sólo de nombre.

BA.—«... que es el portador de esta misiva; de él quiero que recibas el dinero y que me envíes con él a la joven. A personas que lo merecen se les debe de escribir un saludo; yo, si te considerara digno de ello lo hubiera hecho».

[1015] SIMIA— Entonces ¿qué?

BA.—Nada, entrégame el dinero y llévate a la joven.

SIMIA— ¿Eres tú o soy yo el que no anda listo?

BA.—Venga, sígueme adentro.

SIMIA— De acuerdo. (*Entran en casa de Balión.*)

ESCENA TERCERA

PSÉUDOLO

Yo no he visto nunca jamás un tipo más malo ni un pillo más ladino que este Simia; yo mismo tengo miedo y me estremezco de pensar que vaya a traicionarme [1020] a mí lo mismo que lo ha hecho con el otro, que viendo que le sale todo a pedir de boca vaya a tornar los cuernos contra mí, si encuentra ocasión de hacer una mala pasada, pero espero que no, porque yo estoy a buenas con él. [1024] Ahora es triple el miedo que me acosa: [1025] en primer lugar, temo a este mi compinche, no me vaya a traicionar y se pase al enemigo; tengo miedo, no sea que vuelva entre tanto el amo del foro [1030] y vayan a ser capturados los piratas con su captura; y, al temer esto, temo también no vaya a volver el otro Hárpax antes de que este Hárpax se largue de aquí con la joven ¡Hércules, muerto soy, no acaban de salir! (*de casa de Balión*). [1035] Mi corazón está a la espera con el hatillo hecho para salirse de mi pecho en dirección al exilio, [1034] si el otro no sale trayendo a la joven consigo. (*Al ver abrirse la puerta.*) ¡Mía es la victoria, he quedado por encima de mis avisados guardianes!

ESCENA CUARTA

SIMIA, PSÉUDOLO, FENICIO

SIMIA— No llores, Fenicio, tú no sabes la verdad de las cosas, pero ya verás cómo te enteras dentro de muy poco, cuando estés a la mesa. [1040] Yo no te llevo al macedonio ese de los dientes, que te hace ahora llorar, sino a quien estás tú deseando pertenecer con toda tu alma; verás cómo vas a verte sin tardar en los brazos de Calidoro.

PS.— Por favor, ¿qué has hecho tanto tiempo ahí dentro?; [1045] tengo el corazón molido a fuerza de darme saltos en el pecho.

SIMIA— Miserable, ¿te parece bonita la ocasión para andarte con preguntas en medio de las asechanzas del enemigo? Vámonos de aquí rápido, a paso militar.

[1049-50] PS.— Desde luego, te juro que, a pesar de que eres un pillo, tienes razón con tu advertencia. ¡Victoria, adelante, derechos a empujar el codo! (*Se van.*)

ESCENA QUINTA

BALIÓN

¡Ja, ja, ja! Al fin puedo descansar tranquilo, una vez que se marchó ése de aquí y se llevó a la joven. Anda, [1055] que venga ahora el bribón de Pséudolo para birlármela con sus patrañas. Hércules, jurar en falso mil veces preferiría que no que me engañara y se burlara de mí. Ahora seré yo quien me ría de él, si le veo; [1060] pero seguro que parará en el molino, como estaba convenido. Lo que sí me gustaría es encontrarme con Simón, para congratularnos mutuamente.

ESCENA SEXTA

SIMÓN, BALIÓN

SIMÓN— Voy a ver qué es lo que hace nuestro Ulises, a ver si es que se ha hecho ya con la imagen de la diosa de la ciudadela «baliónica»³⁰.

[1065] BA.—¡Oh afortunado, alarga esa afortunada diestra!

SIMÓN— ¿Qué es lo que ocurre?

BA.—Ya...

SIMÓN— ¿Ya qué?

BA.—...no tienes nada que temer.

SIMÓN— ¿Qué pasa?, ¿ha estado ya aquí el otro?

BA.—No.

SIMÓN— ¿Qué es entonces lo que hay de bueno?

BA.—Sanas y salvas son las veinte minas que te habías apostado con Pséudolo.

SIMÓN— Hércules, ojalá que así fuera.

[1070] BA.—Exígeme veinte minas si Pséudolo se apodera hoy de la joven, o si, como ha prometido, se la entrega a tu hijo. Venga, por favor, hazme la propuesta que me deshago por prometértelas, para que te enteres de que tienes de todas todas el dinero a salvo; y encima te doy una joven de regalo.

[1075] SIMÓN— Tal como te expresas, no veo riesgo ninguno, que yo sepa, en hacer el trato: ¿te apuestas veinte minas?

BA.—Sí, me las apuesto.

SIMÓN— Esto, desde luego, no ha sido mal negocio. Pero, ¿le has visto a él?

BA.—A los dos juntos.

[1080] SIMÓN— ¿Y qué dice?, ¿qué cuenta?, di, ¿qué es lo que te ha dicho?

BA.—Pamplinas propias del teatro, las cosas que se les suelen decir a los rufianes en las comedias, que se las saben hasta los chiquillos; decía que soy un malvado, y un criminal, y un perjuro.

SIMÓN— Te juro que no ha mentido.

[1085] BA.—Yo, ni enfadarme siquiera, porque ¿qué se saca con decir injurias a quien se queda tan fresco y no se toma el trabajo de desmentirlas?

SIMÓN— ¿Y cuál es el motivo por el que no necesito tener miedo de él? De eso es de lo que quiero enterarme.

BA.—Pues porque ni se llevará a la joven ni es posible que se la lleve. ¿Te acuerdas tú que te dije no hace mucho [1090] que se la había vendido a un militar macedonio?

SIMÓN— Sí que lo recuerdo.

BA.—Pues un esclavo suyo me ha traído el dinero y una carta con la contraseña...

SIMÓN— Y luego ¿qué?

BA.—...que había sido convenida entre el militar y yo: él se acaba de llevar a la joven ahora mismo.

[1095] SIMÓN— ¿Palabra de honor?

BA.—¿Honor?, ¿de dónde lo voy a sacar?

SIMÓN— Mira no vaya a ser que te haya hecho alguna zalagarda.

BA.—La carta y la imagen del sello no me dejan lugar a dudas; más aún: acaba de sacar de la ciudad a la chica camino de Sición.

[1100] SIMÓN— ¡Estupendo! ¿A qué dudo ahora de hacer inscribir a Pséudolo en la Colonia del Molino? Pero, ¿quién es ese tipo de la clámide?

BA.—Pues no lo sé; pero vamos a observar a dónde se dirige y qué es lo que pretende.

³⁰ Alusión a uno de los tres hados que al cumplirse serían la señal de la caída de Troya; cf. *Bacchides* 953 ss.

ESCENA SÉPTIMA

HÁRPAX, BALIÓN, SIMÓN

HÁ.— Malo y redomado tiene que ser uno que siendo esclavo no tiene en nada la autoridad de su amo, y así mismo es un inútil el que se olvida de cumplir con sus obligaciones como no sea que se las recuerden. [1105] En efecto, los que se hacen la ilusión de que son libres en cuanto que escapan a las miradas del amo, y se dedican a la buena vida, a frecuentar los malos lugares, a tragarse lo que poseen, tienen que llevar como consecuencia largo tiempo el nombre de esclavos. [1110] No tienen cualidades más que para portarse de mala manera. Yo, con gente de esa clase no quiero trato ni conversación ninguna, ni me he contado nunca en el número de sus conocidos. Yo, cuando se me ordena algo, aunque el amo esté ausente, para mí es como si no lo estuviera, y le temo ahora, cuando no está, [1115] para no tener que temerle cuando esté. Voy a cumplir su encargo. Porque he estado hasta ahora en la fonda, esperando a Siro, a quien le di la contraseña, como él me había dicho. Decía que iría a buscarme cuando el rufián estuviera en casa, pero, visto que no viene a llamarme, [1120] vengo yo por mi cuenta aquí, para enterarme qué es lo que pasa, no sea que me vaya a tomar el pelo. Lo mejor es llamar a la puerta, para que salga alguien de la casa; quiero que el rufián reciba este dinero y deje venir conmigo a la joven.

BA.—(A Simón.) Oye, tú.

SIMÓN— ¿Que quieres?

BA.—Con este tipo me hago yo.

SIMÓN— ¿Por qué, pues?

[1125] BA.—Porque aquí hay botín para mí: busca una fulana, tiene dinero; no sabes las ganas que me están entrando de pegarle un mordisco.

SIMÓN— ¿Es que piensas comértelo?

BA.—Mientras que está fresquito, cuando aún está caliente, mientras que lo tienes a la mano hay que tragárselo; las buenas personas me llevan a la miseria, los malos me enriquecen; para el pueblo son de provecho las gentes de orden, para mí, los pillos.

[1130] SIMÓN— Los dioses te confundan: ¡mira que eres malvado!

HÁ.— Pierdo el tiempo con no llamar a la puerta para cerciorarme [1131^a] si es que Balión está en casa.

BA.—Venus es quien me concede estos bienes al traerme aquí a estas gentes que huyen del propio provecho, deseosos de arruinarse, que se dedican a la buena vida, comen, beben, se echan amigas; esos son de otra condición que tú, [1135] que ni quieres gozar tú de la vida ni miras con buenos ojos a los que gozan de ella.

HÁ.— (Llamando a la puerta.) ¡Eh!, ¿dónde estáis?

BA.—Éste viene pero que derecho a mi casa.

HÁ.— ¡Eh! ¿dónde estáis?

BA.—Eh, joven, ¿qué es lo que se te debe en esta casa. (Por lo bajo.) Buen botín voy a sacar yo de éste; ya lo sabía yo, los presagios me son favorables.

[1140] HÁ.— Yo busco la casa del rufián Balión.

BA.—Seas quien seas, joven, cesa de buscar.

HÁ.— ¿Por qué?

BA.—Porque le tienes frente a frente.

HÁ.— (A Simón, señalándole con el dedo.) ¿Eres tú Balión?

SIMÓN— Tú, el de la clámide, que te la vas a ganar, dirige tu dedo hacia ahí (Balión), ése es el rufián.

[1145] BA.—Y éste (Simón), una persona honorable. Pero, con toda tu honorabilidad, te hacen reclamaciones a gritos tus acreedores en el foro, cuando no encuentras por ninguna parte un

céntimo, como no sea que aquí el rufián venga en tu ayuda.

HÁ.— ¿Por qué no me atiendes?

BA.— Sí que te atiendo, ¿qué es lo que quieres?

HÁ.— Entregarte un dinero.

BA.— Ya hace un rato estoy alargando la mano por si me das algo.

HÁ.— (*Dándole la bolsa.*) Ten; aquí están las cinco minas de plata contantes y sonantes [1150] que me ha mandado traerte mi amo Polimaqueroplágides, que te las debía y para que le envíes conmigo a Fenicio.

BA.— ¿Tu amo...

HÁ.— Sí, mi amo.

BA.— ...el militar...

HÁ.— Eso, el militar.

BA.— ...Macedonio.

HÁ.— Que sí, digo.

BA.— ...Polimaqueroplágides es el que te ha enviado aquí...

HÁ.— Exacto.

BA.— ...para que me entregaras este dinero?

[1155] HÁ.— Si es que tú eres el rufián Balión.

BA.— ¿Y para que te llevaras a una joven?

HÁ.— Eso.

BA.— ¿Dijo que era Fenicio?

HÁ.— Estas en lo cierto.

BA.— Espera, ahora mismo vuelvo.

HÁ.— Pero date prisa, que también la tengo yo: estás viendo que va ya muy avanzado el día.

BA.— Sí que es verdad; quiero que éste (*señalando a Simón*) también esté presente. Tú estate ahí, ahora mismo estoy contigo. [1160] ¿Qué ocurre ahora, Simón, qué hacemos?, tengo cogido *in fraganti* a este hombre que me ha traído el dinero.

SIMÓN— ¿Por qué, pues?

BA.— Pero bueno, ¿es que no te das cuenta de qué se trata?

SIMÓN— Tanto como uno que está absolutamente en ayunas.

BA.— Tu esclavo Pséudolo ha mandado aquí a este sujeto como si viniera de parte del militar macedonio.

SIMÓN— ¿Tienes tú ya el dinero?

BA.— ¿Pero preguntas una cosa que estás viendo?

SIMÓN— Oye, tú, acuérdate, pues, de darme la mitad del botín: [1165] hay que repartirlo entre los dos.

BA.— ¿Qué dices, maldición? Eso es todo tuyo.

HÁ.— A ver cuando me atiendes.

BA.— Si te estoy atendiendo. ¿Qué me aconsejas ahora, Simón?

SIMÓN— Vamos a tomarle el pelo al emisario este de pega, hasta que él mismo termine por darse cuenta que nos burlamos de él.

BA.— Ven conmigo. (*A Hárpax.*) A ver, tú: o sea que tú eres el esclavo del militar.

HÁ.— Exacto.

[1170] BA.— ¿Por cuanto te ha comprado?

HÁ.— Por una victoria alcanzada por la fuerza de su brazo en una batalla; porque yo era en mi patria general en jefe.

BA.— ¿Es que ha tomado una vez por asalto la cárcel, o sea, tu patria?

HÁ.— Si empiezas a decirme injurias, vas a tener que oír las tú también.

BA.— ¿Cuántos días has tardado en venir de Sición aquí?

HÁ.— Día y medio.

[1175] BA.— ¡Hércules! Has ido a un buen paso.

SIMÓN— Este hombre puede ser todo lo rápido que quieras: no tienes más que mirar sus

pantorrillas, enseguida te percatas de que puede... llevar unos grillos bien gruesos.

BA.—Oye, cuando chico ¿acostumbrabas a acostarte en una cuna³¹?

SIMÓN— ¡Claro que sí!

BA.—Y también acostumbrabas a hacer... ya sabes a lo que me refiero.

SIMÓN— ¡Y tanto que acostumbraba!

HÁ.— ¿Estáis en vuestro juicio?

[1180] BA.—A ver, una pregunta: cuando el militar salía de noche de guardia, cuando tú ibas con él, ¿entraba bien la espada del militar en tu vaina³²?

HÁ.— ¡Vete a la horca!

BA.— Tú sí que vas a ir hoy sin mucho tardar.

HÁ.— ¿Por qué no me entregas a la joven? O si no devuélveme al dinero.

BA.—Espera.

HÁ.— ¿A que voy a esperar?

BA.—Dime por cuánto has alquilado la clámide esa que llevas.

HÁ.— ¿Qué quieres decir con eso?

[1185] SIMÓN— Y la espada, ¿cuál es su precio?

HÁ.— A éstos les falta una buena ración de éléboro³³.

BA.—Oye, tú (*dándole con la mano*).

HÁ.— ¡Quita!

BA.—¿Qué ganancia le proporciona hoy ese sombrero de viaje a su propietario?

HÁ.— ¿Qué es eso de «propietario»? ¿estáis soñando? Todo esto que llevo me pertenece, lo he comprado de mi peculio.

BA.—Claro, del que llevas en la parte superior de los muslos.

HÁ.— Estos viejos se han untado de aceite, y ahora [1189-90] quieren que se les dé un buen masaje al uso antiguo.

BA.—¡Hércules!, por favor, contesta en serio a mi pregunta: ¿cuál es tu salario?, ¿por cuánto dinero te ha contratado Psédolo?

HÁ.— ¿Quién es ese Psédolo?

BA.—Tu maestro, el que te ha instruido en esta impostura para que te llevaras de aquí con tus engaños a la joven.

[1195] HÁ.— ¿Qué Psédolo es ése del que hablas ni qué son esos engaños? Yo no tengo ni idea de quién es ese hombre.

BA.—¿No te largas? Para impostores no hay aquí ninguna clase de ganancia; o sea que vas y le comunicas a Psédolo que otro, Hárpax, le ha cogido la delantera y se ha llevado el botín.

HÁ.— ¡Pero yo soy ese Hárpax!

[1200] BA.—No, sino que pretendes serlo; éste es un impostor de cuerpo entero.

HÁ.— Yo te he entregado a ti el dinero y antes, cuando llegué, le entregué en seguida la contraseña a tu esclavo, una carta sellada con el retrato de mi amo, aquí a la puerta.

BA.—¿Qué tú le has dado una carta a un esclavo mío?, ¿a cuál?

HÁ.— A Siro.

[1205] BA.—Qué hombre³⁴ tan bandido este Psédolo, con qué habilidad ha compuesto su embuste; le ha dado a éste la cantidad que debía el militar y le ha disfrazado para que se llevara a la joven, porque la carta esa me la ha entregado a mí el Hárpax auténtico.

[1209-10] HÁ.— Hárpax me llamo yo, yo soy el esclavo del militar macedonio, yo no soy ni un impostor ni un malhechor, ni conozco ni sé quién es ese Psédolo que decís.

SIMÓN— Tú, rufián, milagro si no es que te has quedado sin la joven.

BA.—Te juro que al oírle me lo estoy temiendo de más en más; [1215] te juro que ya hace un

³¹ En el texto latino es equívoco el término correspondiente.

³² Juego de palabras con el doble sentido del término *vagina* en latín.

³³ Contra la locura; cf. nota a *Menaechmi* 913.

³⁴ El texto del v. 1204 está corrupto y su sentido es inseguro.

rato que me está produciendo escalofríos el Siro ese que ha recibido de aquí (*Hárpax*) la contraseña; milagro si no es que es Psédolo en persona. ¡Eh, tú!, ¿cómo era ése al que le diste la contraseña?

HÁ.— Pelirrojo, barrigudo, gordas las pantorrillas, la piel un poco oscura, la cabeza gorda, [1220] ojos penetrantes, coloradete, unos pies enormes.

BA.—Me has matado con eso de los pies, era Psédolo en persona. Estoy perdido. Simón, me siento morir.

HÁ.— Te juro que no te dejaré morir si no se me devuelve el dinero, o sea, las veinte minas.

SIMÓN— Y otras veinte minas a mí.

BA.—(*A Simón.*) ¿Vas a sacarme una cantidad que te prometí en broma?

[1225] SIMÓN— Tratándose de malas personas, no hay nada que impida cogerles la ganancia y el botín que sea.

BA.—Pues entrégame a Psédolo, por lo menos.

SIMÓN— ¿A Psédolo te voy yo a entregar?, ¿qué delito ha cometido?, ¿no te avisé cien veces que tuvieras cuidado con él?

BA.—Ha sido mi ruina.

SIMÓN— Pues a mí sólo me ha multado con veinte minas.

BA.—¿Qué hago ahora?

HÁ.— Una vez que me hayas devuelto mi dinero, puedes colgarte.

[1230] BA.—¡Los dioses te confundan! Sígueme al foro, que te pague.

HÁ.— Voy.

SIMÓN— ¿Y yo, qué?

BA.—Primero despacharé a los forasteros, mañana me ocuparé de los ciudadanos. Psédolo ha obtenido de los comicios centuriados mi cabeza³⁵. (*A Hárpax.*) Ven conmigo. [1235] (*Al público.*) No esperéis que vuelva a casa por aquí; después de lo ocurrido, daré la vuelta para entrar por la puerta falsa.

HÁ.— Si anduvieras tanto como charlas, ya estarías en el foro.

BA.—Cosa hecha, voy a cambiar el día de mi natalicio por el de mi muerte. (*Se va con Hárpax.*)

ESCENA OCTAVA

SIMÓN

Bien que le he chasqueado, y no sólo yo, sino también mi esclavo, a su enemigo. Ahora me pondré al acecho de Psédolo, [1240] pero de otra forma que en otras comedias, que se pone uno a la espera del esclavo provisto de agujones o de látigos; yo voy ahora mismo a sacar de casa las veinte minas que le prometí si salía con éxito de su empresa; yo mismo iré a su encuentro a llevárselas. ¡Qué tipo tan avisado, qué ladino, qué pillito! A la añagaza de Troya³⁶ y al propio Ulises en persona ha dejado atrás el tal Psédolo. [1245] Ahora voy dentro, sacaré el dinero, me pondré al acecho de Psédolo.

³⁵ Cf. *Aul.* 700; *Truc.* 819.

³⁶ La traición del caballo de madera, escondidos dentro del cual entraron los griegos en Troya.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO

(*Entra tambaleándose.*) Pero bueno, ¿qué es esto? Oye, a ver, pies, ¿qué manera es ésa de portarse?, ¿os podéis sostener o no?, ¿o es que lo que pretendéis es que caiga al suelo y tenga que venir alguien a levantarme? Desde luego, Hércules, si me caigo será una vergüenza para vosotros, ¿queréis seguir adelante o no? Voy a tener que ponerme serio, ¿eh? [1250] ¿Ves?, ése es el gran defecto del vino, que se tira primero a los pies; sí, sí, es un adversario pero que muy traicionero. Desde luego, te juro que tengo una buena melopea; tan exquisitos han sido los manjares, tan grandes las finezas dignas de los dioses con que se nos ha obsequiado, tan festivo el lugar donde hemos festejado. [1255] ¿Para qué darle más vueltas?, esto es lo que le hace al hombre amar la vida, ésta la fuente de todos los placeres, de todas las delicias: tengo la impresión de ser casi un dios; porque cuando un amante esta abrazado con su amiga, cuando junta sus labios con los de ella, [1260] cuando se quedan prendidos entre sí uniendo sus lenguas en un dulce beso o si les viene en gana se unen en estrecho abrazo; una blanca mano te ofrece la dulcífera copa a la salud de vuestros tiernos amores³⁷ nadie se pone allí a fastidiar o a molestar a los demás ni a dar la lata con conversaciones aburridas, [1265] sino te ofrecen ungüentos y perfumes, innúmeras coronas de flores adornadas con preciosas cintas: en nada se ha ahorrado allí; — en cuanto al resto de las maravillas que allí se nos han ofrecido, no me preguntéis— o sea, que lo mismo yo que el hijo del amo nos hemos pasado el día a lo grande [1269-70] después que tal como me lo había propuesto, puse en fuga a mis enemigos y di cima a mi empresa. Allí los he dejado a la mesa bebiendo, haciendo el amor con sus amigas, [1272^a] allí está también la mía, entregados todos a seguir los deseos de su corazón. Pero luego que me levanto, van y me piden que baile, y yo les he bailado un ritmo [1274^a] así como éste (*baila*) con la mar de gracia y exacto según las reglas del arte, [1275] que yo he aprendido muy bien las jónicas. Pero voy, y así, con un capotillo puesto, me pongo a hacer el payaso bailando unos pasos como éstos (*baila*). Me aplauden, me gritan ¡más, más!, para que vuelva. Empiezo otra vez así, [1277^a] no quería repetir lo mismo, iba y me acercaba a mi amiga para que me abrazara... al dar una vuelta, me caigo. [1278^a] Aquello fue el golpe de gracia; al querer levantarme [1280] ¡paf! por poco me mancho el capotillo y todo. No digo cómo se han puesto de reír con mi caída; se me pasa la copa, me la bebo. Me cambio enseguida el capotillo, me quito el que tenía puesto. Después me salgo y me vengo aquí en tanto que se me pasa la borrachera. Ahora voy de un amo al otro, al viejo, para recordarle nuestro trato. ¡Abrid, abrid, eh, decidle a Simón que estoy aquí!

ESCENA SEGUNDA

SIMÓN, PSÉUDOLO

[1285] SIMÓN— La voz de un bribón me hace salir a la puerta. Pero ¿qué es esto?, ¿cómo?, ¿qué es lo que ven mis ojos?

PS.— Ven a tu Pséudolo borracho, con una corona de flores a la cabeza.

SIMÓN— ¡Hércules, son demasiadas las libertades que te tomas! Y mira qué postura, no le da ni pizca de reparo mi presencia. [1290] No sé si debo abordarle por las malas o por las buenas, pero esto que traigo aquí (*la bolsa con las veinte minas*) me impide usar de la violencia, si me queda alguna esperanza de no perderlo.

³⁷ Texto inseguro; se sigue la traducción de Ernout.

PS.— Aquí un sinvergüenza va al encuentro de una bellísima persona.

SIMÓN— Los dioses te guarden, Pséudolo.

PS.— ¡Hip!

SIMÓN— ¡A la horca contigo!

PS.— No me empujes de esa forma.

SIMÓN— ¡Maldición, mira que venir borracho a echarme un eructo en la mismísima cara!

[1296] PS.— Por favor, cuidado, sostenme, que no me vaya al suelo. [1297] Ten cuidado que no me caiga, ¿no ves que estoy como una cuba?

SIMÓN— ¿Qué descarado es ése de andar borracho en pleno día con una corona de flores en la cabeza?

PS.— Me da la gana.

[1300] SIMÓN— ¿Cómo que te da la gana?, ¿te empeñas en volver a eructarme en la cara?

PS.— Me es dulce el eructar, déjame, Simón.

SIMÓN— Bribón, desde luego tengo por cierto que eres capaz de beberte en una hora cuatro de las más ricas cosechas del monte Másico³⁸.

PS.— En una hora «de invierno»³⁹, tienes que añadir.

[1305] SIMÓN— Pero dime — desde luego que no está mal esa advertencia— : ¿de dónde vienes con esa carga encima?

PS.— Acabo de tomar unas copas con tu hijo. Pero ¡qué bien se la hemos pegado a Balión!, [1308^a] ¿eh? Mira lo bien que he cumplido mi palabra.

[1310] SIMÓN— Eres un bandido.

[1310^a] PS.— La joven tiene la culpa; ahora está a la mesa, libre, al lado de tu hijo.

SIMÓN— Sé punto por punto todo lo que has hecho.

PS.— ¿Por qué dudas entonces de entregarme el dinero?

SIMÓN— Es justo lo que me pides, lo confieso: ten (*le da la bolsa*).

PS.— Y tú decías que no me lo ibas a tener que dar; mira cómo sí. [1315] Cárgasela a este que está aquí y sígueme.

SIMÓN— ¿Yo te la voy a cargar?

PS.— Ya verás como sí.

SIMÓN— No sé qué hacerle al tipo éste: ¿conque se queda con el dinero y encima se burla de mí?

PS.— *Vae victis!*⁴⁰.

SIMÓN— Arrima el hombro, pues.

PS.— Aquí.

SIMÓN— Una cosa así no se me había pasado nunca por la imaginación, [1320] que iba a tener que ponerme a sus pies. ¡Ay, ay! ¡ay!

PS.— Calla ya.

SIMÓN— Es mucho lo que sufro.

PS.— Si no sufrieras tú, sería yo el que tuviera que sufrir.

SIMÓN— ¿Qué, vas a tomar este dinero de tu amo, querido Pséudolo?

PS.— Con sumo gusto.

SIMÓN— ¿No quieres, por favor, hacerme gracia de una parte de esta suma?

PS.— Vas a decir que soy un avaricioso, porque lo que es de aquí no te vas a enriquecer ni en céntimo; tampoco tú tendrías compasión de mis costillas si no hubiera salido victorioso en mi empresa.

[1325] SIMÓN— Ya tendré ocasión de vengarme de ti, si los dioses me dan vida.

PS.— ¿A qué esas amenazas? Yo tengo unas espaldas muy anchas.

³⁸ En Campania, terreno de famosos vinos, sobre todo «Falerno».

³⁹ Según el cómputo romano de doce horas entre la salida y la puesta del sol, las horas de invierno eran más cortas que las de verano.

⁴⁰ La famosa frase de Brennus («¡Ay de los vencidos!») cuando la toma de Roma por los galos en el 387 antes de nuestra era (TITO LIVIO, V 48, 9), ya era proverbial en latín, según FESTO, pág. 510, 22.

SIMÓN— Ea, adiós.

PS.— Vuelve.

SIMÓN— ¿Para qué voy a volver?

PS.— Vuelve, te digo, no te arrepentirás.

SIMÓN— Venga, vuelvo.

PS.— Ven conmigo a echar un copeo.

SIMÓN— ¿Yo?

PS.— Hazme caso; si vienes, te doy la mitad de esto (*señalando la bolsa*), o aún más.

SIMÓN— De acuerdo. Llévame a donde te parezca bien.

[1330] PS.— Y ahora, qué, ¿estás disgustado conmigo o con tu hijo por lo sucedido, Simón?

SIMÓN— De ninguna manera.

PS.— Hala, yo te sigo.

SIMÓN— ¿Por qué no invitas también a los espectadores?

PS.— ¡Hércules! ellos no acostumbran a invitarme a mí, ni yo tampoco a ellos. (*Al público.*)
Pero si estáis dispuestos a darnos un aplauso y vuestra aprobación a la comedia y a nuestra compañía, os invitaré para mañana.